NOCHE DE EPIFANIA
o
LO QUE QUERAIS

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

NOCHE DE EPIFANIA, O LO QUE QUERAIS

(TWELFTH-NIGHT; OR, WHAT YOU WILL)

DRAMATIS PERSONÆ

ORSINO, duque de Iliria.
SEBASTIÁN, hermano de Viola.
ANTONIO, capitán de navío, amigo de Sebastián.
VALENTÍN ... } Caballeros del séquito
CURIO ..... } del duque.
SIR TOMÁS BELCH, tío de Olivia.
SIR ANDRÉS AGUECHEEK.
MALVOLIO, intendente de Olivia.
FABIÁN ..... } Criados de Olivia.
FESTE, bufón .... }
OLIVIA, rica condesa.
VIOLA, enamorada del duque.
MARÍA, doncella de Olivia.
Señores, Sacerdotes, Marineros, Guardias, Músicos y otras personas del séquito.

ESCENA.—Una ciudad en Iliria, y a orillas del mar.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

Aposento en el palacio del Duque

Entran el DUQUE, CURIO *y Señores. Músicos tocando*

DUQUE.—Si la música es el alimento del amor, tocad siempre, saciadme de ella, para que mi apetito, sufriendo un empacho, pueda enfermar, y así morir. ¡Repetid ese trozo! Tiene una lánguida cadencia. ¡Oh! Vibra en mis oídos como el sueve susurro que sopla sobre un bancal de violetas, arrebatando y, a la vez, dando perfume. ¡Basta! No más. Eso no es ya tan melodioso como lo de antes. ¡Oh espíritu del amor! ¡Qué vivacidad y qué frescor hay en ti! Tu capacidad, no obstante, es inmensa como el océano, donde nada cae, sea cual fuere su valor y su talla, sin que entre en disminuición y pierda precio en un minuto. Tan fecunda en formas cambiantes es la fantasía, no más que elevación imaginaria.

CURIO.—¿Os agradaría cazar, señor?

DUQUE.—¿Qué, Curio?

CURIO.—Corzas.

DUQUE.—Pues eso hago, y con la más noble que he visto. ¡Oh! Cuando mis ojos contemplaron por primera vez a Olivia, me pareció que purificaba el aire de toda pestilencia. En aquel instante quedé transformado en ciervo, y mis deseos, como sabuesos despiadados y crueles, no cesan de acosarme desde entonces.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra VALENTÍN

¡Hola! ¿Qué noticias traes de ella?

VALENTÍN.—Perdonadme, señor, no he logrado ser recibido; pero traigo de su doncella esta contestación: el mismo cielo, hasta que pasen siete años, no gozará de su rostro en su entera visión; sino que, como una enclaustrada, saldrá cubierta con un velo, y cada día regará su aposento con las amargas lágrimas de sus ojos, todo ello para sazonar el cariño de su difunto hermano, que quiere conservar fresco y perenne en su triste memoria.

DUQUE.—¡Oh! La que posee un corazón de tan fino molde sólo para pagar este tributo de ternura a un hermano, ¡cómo sabrá amar cuando la rica flecha de oro haya matado el rebaño de las demás afecciones que residen en ella; cuando hígado, cerebro y corazón, esos tronos soberanos, perfecciones divinas, se hallen todos ocupados y llenos por un solo rey! Encaminadme hacia los dulces lechos de las flores. Los pensamientos de amor se multiplican doselados bajo bóvedas de follaje.

ESCENA II

A orillas del mar

Entran VIOLA, *un* CAPITÁN *y Marineros*

VIOLA.—¿Qué país es éste, amigos?

CAPITÁN.—Iliria, señora.

VIOLA.—Y ¿qué he de hacer yo en Iliria? Mi hermano mora en el Elíseo. ¿Acaso no se ahogó? ¿Qué os parece, marineros?

CAPITÁN.—Por casualidad fuisteis salvada.

VIOLA.—¡Oh pobre hermano mío! Tal vaz haya corrido la misma suerte.

CAPITÁN.—Cierto, señora, y para confortaros con alguna posibilidad, estad segura de que, a poco de abrirse nuestro navío, cuando vos y el pequeño número de los que con vos se han salvado os asíais a nuestra flotante chalupa, distinguí a vuestro hermano, que, muy consciente del peligro, se agarraba (el valor y la esperanza le enseñaban el manejo) a un fuerte mástil que sobresalía en el mar; desde donde, como Arión a lomos de un delfín, le vi luchar con las olas todo el tiempo que pude contemplarlo.

VIOLA.—Por haberme hablado así, toma este oro. Mi propia salvación me da la seguridad, basándome en tu informe autorizado, de que a él no le ha cabido la misma suerte que a mí. ¿Conoces esta tierra?

CAPITÁN.—Sí, señora, muy bien; pues el lugar donde nací y fuí educado no dista tres horas de viaje de este sitio

VIOLA.—¿Quién gobierna el país?

CAPITÁN.—Un duque, cuyo carácter es tan noble como su nombre.

VIOLA.—¿Cuál es su nombre?

CAPITÁN.—Orsino.

VIOLA.—¡Orsino! He oído a mi padre pronunciar el nombre. Entonces estaba soltero.

CAPITÁN.—Y lo está aún, o al menos lo estaba últimamente; porque apenas hace un mes que salí de aquí, y entonces comenzaba a susurrarse (pues, como vos sabéis, los grandes son objeto, siempre de la conversación de los pequeños) que solicitaba el amor de la bella Olivia.

VIOLA.—¿Quién es ella?

CAPITÁN.—Una *doncella virtuosa*, hija de un conde que murió hará unos nueve meses, el cual la dejó a la sazón bajo la custodia de un hijo, hermano suyo, que, a su vez, ha fallecido recientemente; por cuyo venerando amor se dice que ha abjurado de la sociedad y presencia de los hombres.

VIOLA.—¡Oh! Quisiera entrar al servicio de esa dama y no poder ser descubierta hasta que se presente la ocasión de revelar mi nombre.

CAPITÁN.—Será difícil de conseguirlo, porque no quiere escuchar a nadie, a nadie, ni siquiera al duque.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

VIOLA.—Hay en ti un bello exterior, capitán; y aunque frecuentemente la Naturaleza circuye al mar de hermosas murallas, me inclino a creer que posees un corazón de acuerdo con tu fisonomía franca y abierta. Yo te suplico (y te recompensaré generosamente) que disimules quién soy y me ayudes a tomar el disfraz que convenga mejor a la realización de mi intento. Yo serviré al duque. Me presentarás a él en calidad de eunuco. Puedes hacerlo sin comprometerte, pues sé cantar y le hablaré de tantos aires de música, que me juzgará digno de su servicio. De lo que pueda sobrevenir después, me confío al tiempo. Conforma, no más, tu silencio a mi proyecto.

CAPITÁN.—Sed vos su eunuco, que yo seré vuestro mudo. Si mi lengua charla, consiento en perder la vista.

VIOLA.—Te lo agradezco. Guíame. *(Salen.)*

ESCENA III

Aposento en casa de Olivia

Entran SIR TOBÍAS BELCH *y* MARÍA

SIR TOBÍAS.—¿Qué le pasa a mi sobrina para tomar tan a pecho la muerte de su hermano? Tengo la certeza de que el sentimiento es un enemigo de la vida.

MARÍA.—A fe, sir Tobías, que debierais venir más temprano por las noches. Vuestra sobrina, mi señora, critica mucho vuestras malas horas.

SIR TOBÍAS.—¡Bah! Más vale que critique que no que la critiquen.

MARÍA.—Sí; pero debierais conteneros dentro de los prudentes límites de la regularidad.

SIR TOBÍAS.—¡Contenerme! No puedo contenerme más de lo que me contengo. Estos vestidos son bastante buenos para beber; y estas botas, lo mismo; de no ser así, que cuelguen de sus propias correas.

MARÍA.—Esos tragos y excesos de bebida os perderán. Ayer mismo oí hablar de ello a mi señora, así como del caballero imbécil que trajisteis aquí la otra noche para que la cortejase.

SIR TOBÍAS. — ¿Quién? ¿Sir Andrés Aguecheek?

MARÍA.—Sí; él.

SIR TOBÍAS.—Es el hombre más grande de toda Iliria.

MARÍA.—¿A santo de qué viene eso?

SIR TOBÍAS.—Pues a que goza de tres mil ducados al año.

MARÍA.—Sí; pero no gozará más de un año de todos esos ducados. Es un majadero y un derrochador.

SIR TOBÍAS.—¡Quita! ¡Qué estás diciendo! Toca el violonchelo (1), habla corrientemente tres o cuatro idiomas, sin diccionario, y ha recibido todos los dones posibles de la Naturaleza.

MARÍA. — Los posee, verdaderamente, muy al natural, pues, a más de ser naturalmente un idiota, es por naturaleza un gran camorrista, y si no tuviese el don de la cobardía para mitigar sus hábitos pendencieros, las gentes sensatas creen que no tardaría en conseguir el don de la tumba.

SIR TOBÍAS.—Por esta mano, que los que hablan así de él son unos canallas y sinvergüenzas. ¿Quiénes son?

MARÍA.—Los que añaden, además, que todas las noches se embriaga en compañía vuestra.

SIR TOBÍAS.—¡Con libaciones a la salud de mi sobrina! Beberé por ella mientras la bebida pueda pasar por mi gaznate y quede vino en Iliria. Es un cobarde y un servil (2) el que no quiera

(1) En la época de Shakespeare, el violonchelo era un instrumento de moda. En *The return from Parnassus* (1606) se lee:

Her viol-de-gambo is her best content.
For'twixt her legs she holds her instrument.

El texto shakespeariano dice *viol-de-gamboys*. Cuantas versiones conozco traducen bárbaramente el término por «viola de piernas». Se trata del violonchelo, que los castellanos debiéramos escribir «violoncillo».

(2) *A coystril*, en el infolio: literalmente, un criado que lleva las armas de su señor sin hacer uso de ellas.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

beber por mi sobrina hasta que su cerebro dé tantas vueltas sobre los dedos del pie como un trompo de parroquia (1). ¡Vamos, muchacha! *Castiglione voglio!* (2), que aquí llega sir Andrés Aguecheek.

Entra SIR ANDRÉS AGUECHEEK

SIR ANDRÉS.—¡Sir Tobías Belch! ¿Qué hay, sir Tobías Belch?

SIR TOBÍAS.—¡Querido sir Andrés!

SIR ANDRÉS.—Dios os bendiga, linda revoltosa.

MARÍA.—Y a vos también, señor.

SIR TOBÍAS.—Cortejo, sir Andrés, cortejo.

SIR ANDRÉS.—¿Qué es eso?

SIR TOBÍAS.—La doncella de mi sobrina.

SIR ANDRÉS.—Buena mistress Cortejo, me encantaría tener más amplio conocimiento con vos.

MARÍA.—Mi nombre es María, señor.

SIR ANDRÉS.—Mi querida mistress María Cortejo...

SIR TOBÍAS.—Os engañáis, caballero. Cortejo quiere decir galanteo; que la cortejéis, que la galanteéis, que la abordéis, que la acometáis.

SIR ANDRÉS.—Por mi fe, que no quisiera comprometerla así en compañía. ¿Es éste el significado de «cortejo»?

MARÍA.—Pasadlo bien, caballero.

SIR TOBÍAS.—¡Si la dejáis marchar así, sir Andrés, que nunca jamás podáis tirar de la espada!

SIR ANDRÉS.—Si partís así, señora, no quiero tirar nunca de la espada. Hermosa dama, ¿creéis tener en la mano unos imbéciles?

MARÍA.—Señor, yo no os tengo en la mano.

SIR ANDRÉS.—¡Pardiez, pero me tendréis! Y he aquí mi mano.

MARÍA.—Señor, «el pensamiento es libre» (1). Os suplico que introduzcáis vuestra mano en la mantequera y la dejéis humedecer.

SIR ANDRÉS.—¿Por qué, alma mía? ¿Qué quiere decir esa metáfora?

MARÍA.—Es que vuestra mano está seca, señor (2).

SIR ANDRÉS.—¡Cómo! Yo estoy en mi juicio, y no me creo tan burro que no conserve seca mi mano. Pero ¿qué broma es la que me gastáis?

MARÍA.—Una broma seca, señor.

SIR ANDRÉS.—¿Disponéis de muchas de esta especie?

MARÍA.—Sí, señor; las tengo en la punta de mis dedos. ¡Pardiez!, ahora que he soltado vuestra mano, me faltan ya. *(Sale.)*

SIR TOBÍAS.—¡Oh caballero! Necesitas una copa de vino de canarias. ¿Cuándo te he visto tan apabullado?

SIR ANDRÉS.—Nunca en la vida, creo; a no ser que me haya apabullado el canarias. Algunas veces llego a pensar que tengo menos talento que un cristiano o que un hombre vulgar. Pero es que devoro demasiada carne de buey, y sospecho que daña a mi inteligencia.

(1) *Like a parish-top.* Había a la sazón en todas las parroquias de Inglaterra un trompo o peonza de extraordinarias dimensiones. Durante el invierno, los lugareños divertíanse volteándolo, y templaban con este ejercicio el rigor de las heladas. Derivado quizá de esta costumbre, nació el refrán *to seleep like a towntope*, dormir o roncar como un trompo. Todos los idiomas conservan semejantes expresiones, comoquiera que el juego del trompo es antiquísimo, invento, según se cree, de los romanos.

(2) En el texto, *Castiliano* vulgo. Warburton, discreto comentarista de nuestro poeta, escribe que es necesario leer aquí *castiliano-volto*, adoptar la figura de un castellano, esto es, ponerse grave. Nosotros seguimos la feliz enmienda de nuestro amigo Henry Thomas.

(1) La expresión recuerda un pasaje de la *Euphues*, de Lyly, el célebre culterano inglés, cuya obra, dada a luz en 1580, influyó poderosamente en el estilo de Shakespeare. Véase:

«—Nadie puede juzgar del talento de otro si él no lo tiene.

»—Entonces, ¿por qué me calificas de tonto?

»—Porque el pensamiento es libre, monseñor.»

(2) Era indicio de pujanza varonil las manos húmedas. Así describe nuestro poeta en *Venus y Adonis* (1593) al tierno enamorado.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SIR TOBÍAS.—No cabe duda.

SIR ANDRÉS.—Si estuviera seguro, renunciaría a ella. Mañana monto a caballo y me vuelvo a mi casa, sir Tobías.

SIR TOBÍAS.—¿*Pourquoi* (1), mi querido caballero?

SIR ANDRÉS.—¿Qué significa *pourquoi?* ¿Marchad, o no marchéis? Quisiera haber consagrado a las lenguas el tiempo invertido en la esgrima, en el baile y en la caza de osos. ¡Oh, si hubiera cultivado las artes!

SIR TOBÍAS.—Tendrías entonces una excelente cabellera.

SIR ANDRÉS.—Y ¿en qué hubieran mejorado las artes mis cabellos?

SIR TOBÍAS.—Pues está claro: ya ves que no se rizan por sí solos.

SIR ANDRÉS.—Pero me caen bastante bien, ¿no es verdad?

SIR TOBÍAS.—Admirablemente; penden de tu cabeza como el cáñamo de una rueca, y no desespero de ver un día a un ama de gobierno ponerlos entre sus piernas e hilarlos.

SIR ANDRÉS.—A fe, que me vuelvo mañana a casa, sir Tobías. Vuestra sobrina no quiere que la vean, o, si accede, apuesto cuatro contra uno que no es por mí. El mismo conde, que vive a dos pasos, la corteja.

SIR TOBÍAS.—No quiere al conde; no hará una elección por encima de su estirpe, de su estado, de su edad ni de su talento. Se lo he oído jurar. De modo que hay esperanza, hombre.

SIR ANDRÉS.—Permaneceré un mes aún. Soy el tipo más original del mundo. A veces se apodera de mí una pasión loca por las mascaradas y las diversiones.

SIR TOBÍAS.—¿Eres perito en esas bagatelas (2), caballero?

SIR ANDRÉS.—Como nadie en Iliria, sea quien fuere, excepto los profesionales, y, sin embargo, no quisiera compararme con un viejo.

SIR TOBÍAS.—¿En qué te distingues en la gallarda? (1).

SIR ANDRÉS.—A fe, que puedo hacer una cabriola.

SIR TOBÍAS.—Y yo, deshacer un cordero (2).

SIR ANDRÉS.—Dar una voltereta lo hago yo tan bien como el primero en Iliria.

SIR TOBÍAS.—Y ¿cómo permanece todo eso oculto? ¿Por qué están esos dones disimulados detrás de la cortina? ¿Van a llenarse de polvo como el retrato de mistress Mall? (3). ¿Por qué no entras en la iglesia marcándote una gallarda y

(1) En francés en el original.

(2) *Ah these kick-shaws*, en el texto. *Kickshaws* era una dama excéntrica. Para claridad de la dicción, vertemos como si el original dijese *these trifles*. El autor vuelve a emplear la palabra en la *Segunda parte del Rey Enrique IV*, acto V, escena I, verso 29.

(1) Baile español, de moda entonces en Inglaterra.

(2) Juego de voces con el verbo *to cut a caper*, que vale hacer una cabriola y trinchar un cordero.

(3) *Mistress Mall*, conocida por *Mall Cutpurse*, era una célebre aventurera. Llamábase Mary Frith. Nació en 1584 y murió en 1659. Sus robos y hazañas fueron famosísimos en toda Inglaterra, y el populacho de Londres sentía por ella un interés novelesco. A ello contribuía su condición de hermafrodita. Era a la par prostituta, proxeneta, perdonavidas, ladrona y encubridora. Mostrábase en traje de hombre—a juzgar por los grabados del tiempo—y fumando una larga pipa. Objeto de la atención pública durante muchos años. Middleton y Deker la convirtieron en heroína de su comedia *The Roaring Girl, or Mall Cutpurse*, representada en 1611. En otra comedia intitulada *Amend for Ladies*, de Nathaniel Field, que data de 1618, se habla de ella en los siguientes términos:

«... que fuera de aquí imprudente libertina
a quien no sabría llamar hombre o mujer;
pues la Naturaleza, avergonzada de reconocerte ha arrojado al mundo [te
sin concederte un sexo. Unos dicen que eres [mujer;
otros, que hombre; muchos, que podrías ser [los dos.
yo creo más bien que no eres ni una cosa ni [otra;
o, en todo caso, mitad hombre y mitad caballo [como antiguamente el centauro.»

Ya en agosto de 1616 habíase inscrito en la *Stationner's Company* un libro rotulado *The Madde Prancks of Merry Mall of the Bankside with her walks in man's apparel, anda to what purpose*, bajo la firma de cierto Juan Day.

El retrato a que hace alusión Shakespeare

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

vuelves a tu casa bailando la coranta? (1). En tu puesto, no andaría yo sino saltando la giga, y no mearía sin apuntar un paso a cinco. ¿Qué te parece? ¿Hemos venido al mundo para ocultar nuestros talentos? Pienso, al ver la excelente constitución de tu pierna, que fuiste engendrado bajo la estrella de una gallarda.

SIR ANDRÉS. — En efecto, tengo una pierna vigorosa y muy bien parecida bajo la media color de llama. ¿Vámonos a alguna diversión?

SIR TOBÍAS.—¿Qué otra cosa podríamos hacer? ¿No hemos nacido bajo el signo de Tauro?

SIR ANDRÉS.—¡Tauro! Y bajo sus costados y corazón.

SIR TOBÍAS.—¡No, no, señor; bajo sus piernas y muslos! Quiero verte hacer una cabriola. ¡Ah! ¡Arriba! ¡Ah! ¡Ah!... ¡Muy bien! *(Salen.)*

---

exhibíase por unos cuantos peniques en una tienda londinense. Era un desnudo, de tamaño natural. Vista la doble naturaleza del personaje, el lienzo estaba cubierto por una cortina, que no se descorría sino cuando el exhibidor se daba cuenta de la edad y cualidades de los espectadores.

Como complemento de esta curiosa nota —que retrata las costumbres de la época, aunque siempre los ingleses fueron dados a esta clase de exhibiciones—, trasladaremos el fragmento de una interesante carta de John Chamberlan a mister Carleston, fecha 12 de febrero de 1611-12, que se guarda en el Museo Británico:

«El domingo pasado—escribe el primero—. Mall Cutpurse, conocida bribona, que tenía la costumbre de vestirse con hábitos de hombre y desafiarse con los galanes, ha sido conducida a Saint-Poul's Cross. Lloraba copiosamente, y dijérase en verdad arrepentida. Pero luego se ha sabido que estaba embriagada, por haber consumido una respetable cantidad de jerez antes que la llevaran a la picota. La acompañó un hermano predicador, de lo más enfermizo que puede imaginarse; un sacerdote más bien hecho para una diversión que para cumplir la tarea que se le había confiado. Predicó tan detestablemente, que una parte del auditorio se marchó y la otra no tuvo oídos sino para Mall Cutpurse.»

La vida de Mary Frith publicóse en 1662, con su retrato al frente.

(1) *Coranto*, en el texto, danza de movimiento vivo

ESCENA IV

Aposento en el palacio del Duque

Entran VALENTÍN *y* VIOLA, *en hábitos de hombre*

VALENTÍN.—Si el duque continúa favoreciéndoos como hasta aquí, en seguida ascenderéis, Cesario. Sólo hace tres días que os conoce, y ya no sois un extraño para él.

VIOLA.—¿Tenéis miedo a su carácter o a mi negligencia, que ponéis en duda la continuación de su afecto? Señor, ¿es inconstante en sus favores?

VALENTÍN.—No, creedme.

VIOLA.—Os lo agradezco. Aquí llega el duque.

Entran el DUQUE, CURIO *y gente del séquito*

DUQUE. — ¿Quién ha visto a Cesario? ¡Eh!

VIOLA. — A vuestras órdenes, milord: heme aquí.

DUQUE.—Retiraos un instante. Cesario, tú lo sabes todo. Te he abierto el libro secreto de mi espíritu. Ahora, bondadoso joven, dirige tus pasos hacia ella, que no te niegue el acceso, plántate en sus umbrales y di a sus criados que tus pies echarán raíces hasta que tengas audiencia.

VIOLA.—Seguramente, mi noble señor, si es cierto, como se dice, que se halla de tal modo abandonada a sus pesares, nunca me recibirá.

DUQUE.—Escandaliza y salta por todas las consideraciones de la urbanidad, antes de una vuelta infructuosa.

VIOLA.—Suponiendo que hable con ella, ¿qué le digo, señor?

DUQUE. — ¡Oh! Despliega entonces la intensidad de mi cariño. Emociónala hablándole de mi tierna fe. Tú sabrás mejor que nadie describirle mis sufrimientos. Tu juventud será más elocuente que un mensaje de aspecto grave.

VIOLA.—No lo creo, señor.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

DUQUE.—Créelo, querido doncel, pues fuera calumniar a tus felices años decir que eres un hombre. Los labios de Diana no son más tersos ni más rojos. El finísimo timbre de tu voz tiene el acento claro y sonoro de una virgen, y en toda tu persona se revela un algo de mujer. Sé que tu constelación te ha predestinado a esta embajada. Acompáñenle cuatro o cinco de vosotros; todos, si queréis, pues me encuentro mejor sin compañía. Sal airoso de esto, y vivirás tan independiente como tu amo, y su fortuna será la tuya.

VIOLA.—Haré cuanto pueda por cortejar a vuestra dama. *(Aparte.)* Pero ¡difícil empresa! Yo soy quien le hago la corte, y yo misma quisiera ser la señora de sus pensamientos. *(Salen.)*

ESCENA V

Aposento en casa de Olivia

Entran MARÍA *y el* BUFÓN

MARÍA.—Anda, dime dónde has estado, o no despegaré los labios lo suficiente a dejar pasar un cabello para excusarte. Mi señora va a hacerte ahorcar por tu ausencia.

BUFÓN.—Que me ahorque. El que en el mundo está bien ahorcado, no teme ya a los colores.

MARÍA.—Explícate.

BUFÓN.—Porque no verá para temerlos.

MARÍA.—Tienes la respuesta pronta. Yo puedo decirte de dónde dimana la expresión de «no temer a los colores».

BUFÓN.—¿De dónde, bondadosa señorita María?

MARÍA.—De la guerra; podéis atreveros a decirlo valiéndoos de vuestra tontería.

BUFÓN.—Bien. Dios conceda talento a los que lo tienen; y en cuanto a los imbéciles, que usen de tus talentos.

MARÍA.—Sin embargo, seréis ahorcado por haber permanecido tanto tiempo ausente; o se os despedirá, que vendrá a ser como si os ahorcaran.

BUFÓN.—Una buena ahorcadura impide un mal matrimonio; y en cuanto a ser despedido, dejad que pase el verano.

MARÍA.—¿Estáis resuelto, entonces?

BUFÓN.—No así como quisiera, sino que estoy resuelto por dos puntos.

MARÍA.—De forma que, si uno cede, el otro sostendrá las calzas; y si ceden los dos, vendrán las calzas abajo.

BUFÓN.—Exacto, de toda mi buena fe; muy exacto. Bien; sigue tu camino. Si sir Tobías cesara de beber, serías el más bonito pedazo de carne de Eva de toda Iliria.

MARÍA.—Silencio, bellaco; no más de eso. He aquí mi señora. Excusaos cuerdamente, lo mejor que podáis. *(Sale.)*

BUFÓN.—Talento, inspírame buenas tonterías, si te place. Los talentos que creen poseerte prueban con frecuencia que son unos tontos, y yo, que estoy seguro de carecer de ti, voy a pasar por un hombre sesudo. ¿Qué dice Quinápalo? Más vale un talento loco que un loco talento.

Entra OLIVIA *con* MALVOLIO

¡Dios te bendiga, señora!

OLIVIA.—Llevaos a este ser absurdo.

BUFÓN.—¿Habéis oído, compañero? Llevaos a la dama.

OLIVIA.—Marchaos, sois un loco seco. No os necesito. Además, os habéis vuelto un sinvergüenza.

BUFÓN.—Dos defectos, madonna, que pueden enmendar la bebida y los sanos consejos. Dad de beber a un loco seco, y entonces el loco no estará seco. Ordenad al sinvergüenza que se corrija, y en corrigiéndose no será ya sinvergüenza. Si no se corrige, el verdugo se encargará de ello. Toda cosa corregida no es más que remendada. La virtud que comete una transgresión se remienda únicamente con el pecado; y el pecado que se reforma se remienda tan sólo con

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

la virtud. Si este sencillo silogismo puede servir, bien; si no, ¿qué remedio? Así como el verdadero cornudo no es más que un desgraciado, así la belleza es una flor. La señorita ha ordenado que os llevéis al ser absurdo. Por consiguiente, os lo vuelvo a decir, llevaos a ella.

OLIVIA.—Señor, le he mandado que os lleve a vos.

BUFÓN.—¡Error en su más alto grado! Señora, *cucullus non facit monachum;* lo que quiere decir que yo no llevo mi palitroque en el cerebro. Bueno, madonna, permitidme que os pruebe que estáis loca.

OLIVIA.—¿Podríais hacerlo?

BUFÓN.—Hábilmente, buena madonna.

OLIVIA.—Probadlo.

BUFÓN.—Para ello es necesario que os catequice, señora. Mi buen ratoncito de virtud, respondedme.

OLIVIA.—Bien, señor; a falta de otras distracciones, vengan vuestras pruebas.

BUFÓN.—Buena madonna, ¿por qué estáis triste?

OLIVIA.—Buen loco, por la muerte de mi hermano.

BUFÓN.—Pienso que su alma está en el infierno, madonna.

OLIVIA.—Sé que su alma está en el Cielo, loco.

BUFÓN.—Estáis más que loca, madonna, al entristecer por el alma de un hermano que está en el Cielo. Llevaos a esta loca, hidalgo.

OLIVIA.—¿Qué pensáis de este bufón, Malvolio? ¿No ha de corregirse?

MALVOLIO.—Sí; cuando le sacuda el estertor de la muerte. La enfermedad que deprime al cuerpo mejora al loco.

BUFÓN.—Dios os envíe rápidamente esa enfermedad, señor, para mejorar vuestra locura. Sir Tobías jura que disto mucho de ser un zorro; pero a buen seguro que no apostaría dos peniques a que vos no sois un loco.

OLIVIA.—¿Qué decís a eso, Malvolio?

MALVOLIO.—Me asombra que vuestra señoría halle deleite en escuchar a un sinvergüenza tan nulo. Vi el otro día cómo le venció un bufón vulgar, que no tiene más cerebro que una piedra. Miradle ahora cuán corrido está; si no reís con él o no le dais pie, no sabe qué decir. Aseguro que las personas sensatas que se divierten con esta clase de locos no valen más que las tonterías de los bufones.

OLIVIA.—¡Oh! Tenéis demasiado amor propio, Malvolio, y el mal estado de vuestro estómago echa a perder vuestro gusto. Cuando se es generoso, inmaculado, de disposición franca, se toman por chinitas disparadas contra los gorriones lo que vos juzgáis balas de cañón. No hay que escandalizarse de un bufón chocarrero, al que se otorga plena libertad, por zumbón que sea, cuando no lastima un hombre discreto, aunque censure todo.

BUFÓN.—¡En vista de eso, que Mercurio te alumbre para que hables bien de los locos!

Vuelve a entrar MARÍA

MARÍA.—Señora, hay a la puerta un caballero joven que desea vivamente hablar con vos.

OLIVIA.—¿Viene de parte del conde Orsino?

MARÍA.—Lo ignoro, señora. Es un apuesto mancebo, y bien acompañado.

OLIVIA.—¿Quién de mi servidumbre le retiene?

MARÍA.—Vuestro pariente, sir Tobías, señora.

OLIVIA.—Despedidlo, os ruego. No habla más que como un insensato. ¡Vergüenza de él! (*Sale* MARÍA.) Id, Malvolio. Si viene de parte del conde, que estoy enferma o que he salido; deshaceos de él de la manera que os plazca. (*Sale* MALVOLIO.) Ya veis, señor, cómo envejecen vuestras bufonerías y disgustan a las gentes.

BUFÓN.—Has hablado en favor nuestro, madonna, como si fuera un loco tu hijo primogénito. Que Júpiter le intro-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

duzca el cerebro en el cráneo, pues aquí viene un pariente tuyo que tiene una piedra por *piamater*.

Entra SIR TOBÍAS BELCH

OLIVIA.—Por mi honor, que llega medio ebrio. ¿Quién hay a la puerta, tío?

SIR TOBÍAS.—Un caballero.

OLIVIA.—¿Un caballero? ¿Qué caballero?

SIR TOBÍAS.—Un caballero que está ahí. ¡La peste de esos bufones! ¡Hola, tonto!

BUFÓN.—Bondadoso sir Tobías.

OLIVIA.—Tío, tío, ¿cómo vienes tan temprano con esa pítima?

SIR TOBÍAS.—¡Víctima! ¡Te desafío, víctima! Hay uno en la puerta.

BUFÓN.—Sí, a fe. ¿Quién es?

SIR TOBÍAS.—Que sea el diablo, si quiere, no me importa. Os lo aseguro, bajo mi palabra. Bien; me da igual. *(Sale.)*

OLIVIA.—¿A qué se parece un borracho, bufón?

BUFÓN.—A un ahogado, a un tonto y a un loco. Una copa de más le vuelve tonto; una segunda, loco, y una tercera, le ahoga.

OLIVIA.—Ve a buscar al médico y que examine a mi tío, porque se halla en el tercer período de la embriaguez y se ahoga. Anda, no le pierdas de vista.

BUFÓN.—No es más que loco todavía, madonna. El bufón cuidará del loco. *(Sale.)*

Vuelve a entrar MALVOLIO

MALVOLIO.—Señora, ese joven doncel que espera jura que hablará con vos. Le he dicho que os encontrabais enferma; me ha contestado que lo sabía, y que precisamente por eso venía a hablaros. Le he dicho que estabais durmiendo; me ha manifestado que lo sabía también, y que os hablaría a pesar de todo. ¿Qué queréis que le diga, señora? Está a prueba de toda negativa.

OLIVIA.—Decidle que no me hablará.

MALVOLIO.—Se lo he dicho y redicho, y me ha replicado que permanecerá a vuestra puerta como el poste de un sheriff, y dispuesto a transformarse en banco, con tal de hablar con vos.

OLIVIA.—¿Qué clase de hombre es?

MALVOLIO.—De la clase de todos.

OLIVIA.—¿De qué modales?

MALVOLIO.—De los peores. Desea hablaros, queráis o no.

OLIVIA.—¿Qué personaje y años representa?

MALVOLIO.—No es bastante viejo para hombre ni bastante joven para adolescente; como una vaina antes del guisante, o como una manzana cuando aún no está madura. Fluctúa entre el niño y el hombre. Tiene un rostro muy gracioso y se expresa muy desenvueltamente. Cualquiera creería que acaba de ser destetado por su madre.

OLIVIA.—Hacedle venir. Llamad a mi doncella.

MALVOLIO.—¡Doncella! Mi señora os llama. *(Sale.)*

Vuelve a entrar MARÍA

OLIVIA.—Dame el velo; veamos, cúbreme la cara. Oiremos una vez más la embajada de Orsino.

Entra VIOLA

VIOLA.—La honorable señora de esta casa, ¿quién es?

OLIVIA.—Habladme; responderé por ella. ¿Qué deseáis?

VIOLA.—Radiante, exquisita e incomparable belleza..., os suplico me digáis si la que tengo ante mí es la dueña de la casa, pues nunca la he visto. Quisiera poder declamar mi discurso, porque, además de estar admirablemente escrito, me ha costado gran trabajo el aprenderlo. Bondadosas hermosuras, no me deis un desaire. Soy muy sensible a la menor reprensión.

OLIVIA.—¿De parte de quién venís, señor?

VIOLA.—No puedo decir sino lo que traigo estudiado, y esa pregunta no está en mi papel. Gentil señora, dadme la completa seguridad, si sois la dueña de

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

la casa, de que puedo comenzar mi discurso.

OLIVIA.—¿Sois comediante?

VIOLA.—No, lo digo sinceramente; y, sin embargo, por las mismísimas garras de la maldad, juro que no soy el que represento. ¿Sois la señora de la casa?

OLIVIA.—Si no me usurpo a mí misma, yo soy.

VIOLA.—Sin duda alguna, si lo sois, os usurpáis a vos misma, pues lo que os pertenece para que de ello hagáis merced no os pertenece para que lo pongáis en reserva. Pero éste no es el objeto de mi mensaje. Quiero empezar mi discurso en elogio vuestro y mostraros luego el motivo principal de mi venida.

OLIVIA.—Ateneos a lo más importante. Os dispenso del elogio.

VIOLA.—¡Ay! Me ha costado gran trabajo el estudiarlo, y es poético.

OLIVIA.—Razón de más para que sea ficción. Prescindid de él, os suplico. He oído que armabais alboroto en mi puerta, y si os he hecho introducir ha sido más bien por curiosidad que por escucharos. Si estáis demente, partid; si os halláis provisto de razón, sed breve. No me encuentro de humor para sostener estúpidamente un diálogo.

MARÍA.—¿Queréis haceros a la vela, señor? Tal es vuestro rumbo.

VIOLA.—No, querido grumete. Quedaré todavía al pairo algún tiempo. Calmad un poco a vuestro gigante, dulce dama.

OLIVIA.—Exponedme vuestro deseo.

VIOLA.—Soy el portador de un mensaje.

OLIVIA.—A buen seguro que debéis de haberos encargado de alguna torpe misión, cuando el preámbulo es tan medroso. Desempeñad vuestro oficio.

VIOLA.—Sólo concierne a vuestros oídos. No traigo una declaración de guerra ni la fijación de un tributo. Tengo el olivo en la mano. Mis palabras se hallan tan llenas de paz como de importancia.

OLIVIA.—No obstante, habéis comenzado rudamente. ¿Quién sois? ¿Qué queréis?

VIOLA.—La rudeza que he manifestado estaba indicada en mi papel. Cuanto a lo que soy y a lo que quiero, son cosas tan secretas como la virginidad. Para vuestros oídos, divinas; para los demás, profanación.

OLIVIA.—Déjanos solos. Quiero oír esas cosas divinas. *(Sale* MARÍA.) Ahora, señor, ¿cuál es el texto?

VIOLA.—Dulcísima dama...

OLIVIA.—Doctrina reconfortante y sobre la cual hay mucho que decir. ¿Dónde radica vuestro texto?

VIOLA.—En el pecho de Orsino.

OLIVIA.—¡En su pecho! ¿En qué capítulo de su pecho?

VIOLA.—Para contestar metódicamente, en el primero de su corazón.

OLIVIA.—¡Oh! Lo he leído; es herejía pura. ¿No tenéis más que decir?

VIOLA.—Bondadosa dama, dejadme ver vuestro rostro.

OLIVIA.—¿Tenéis encargo de vuestro señor de negociar con mi cara? Os salís ahora del texto. Pero vamos a descorrer la cortina y a mostraros el cuadro. *(Levantándose el velo.)* Miradlo, señor. Representa lo que era antes. ¿No está bien hecho?

VIOLA.—Admirablemente, si todo en él es obra de Dios.

OLIVIA.—Se conserva en buen estado, señor; a prueba de viento y agua.

VIOLA.—Belleza bien fundida, cuyo carmín y blanco ha mezclado la propia mano suave y sabia de la Naturaleza. Señora, sois la más cruel de las mujeres si os lleváis a la tumba esas gracias antes que el mundo tenga de ellas copia.

OLIVIA.—¡Oh señor, no tendré tan mal corazón! Quiero tirar de mi belleza diversos ejemplares. Será inventariada, y cada parcela y artículo figurará en mi testamento del siguiente modo: *Item*, dos labios bastante encarnados; *ítem*, dos ojos grises, con sus respectivos párpados; *ítem*, un cuello, un mentón; y así sucesivamente. ¿Habéis venido aquí para tasarlos?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

VIOLA.—Veo lo que sois: una exagerada orgullosa. Pero el diablo que fueseis, seríais bella. Mi señor y dueño os ama. ¡Oh! Semejante amor debe ser recompensado, aunque os hallaseis coronada como hermosura sin par.

OLIVIA.—¿Cómo me ama él?

VIOLA.—Con adoración, con fértiles lágrimas, con gemidos que atruenan de amor, con suspiros de fuego.

OLIVIA.—Vuestro señor conoce la disposición de mi espíritu. No puedo amarle. Le supongo, sin embargo, virtuoso; sé que es noble, de elevada alcurnia, de una juventud pura y sin tacha, bien conceptuado, liberal, instruído y valiente, y en talle y apostura, una persona agraciada; pero, no obstante, no puedo amarle. Es una respuesta a que debía atenerse desde hace mucho tiempo.

VIOLA.—Si yo os amase con el fuego de mi señor, con sus mismos sufrimientos, con su existencia tan mortalmente triste, yo no hallaría sentido alguno a vuestro desdén, ni acertaría a comprenderlo.

OLIVIA.—¿Y qué haríais?

VIOLA.—Construiría ante vuestra puerta una cabaña de cauce y reclamaría mi alma dentro de vuestra morada. Escribiría sinceros versos de desdeñado amor y los cantaría bien fuerte en el silencio de la noche. Gritaría vuestro nombre al eco de las colinas, hasta que el aire parlanchín, comadreando, repitiese: «¡Olivia!» ¡Oh! No hallaríais reposo entre los elementos del aire y de la tierra, a no ser que tuvierais piedad de mí.

OLIVIA. — Podríais mucho. ¿Cuál es vuestra ascendencia?

VIOLA.—Por encima de mi fortuna; no obstante, mi situación es buena. Soy un hidalgo.

OLIVIA.—Volved al lado de vuestro señor. No puedo amarle. Que no me envíe a nadie más, salvo a vos, si acaso venís de nuevo a decirme cómo le ha sentado. Adiós. Os agradezco vuestras molestias. Gastad eso a mi salud.

VIOLA.—No soy un mensajero mercenario, señora; guardaos la bolsa. Mi amo, no yo, es quien tiene necesidad de recompensa. Que el amor cambie en guijarro el corazón de aquel a quien améis, y que vuestra pasión, como la de mi dueño, no encuentre sino menosprecio. Adiós, bella cruel. *(Sale.)*

OLIVIA.—«¿Cuál es vuestra ascendencia?» «Por encima de mi fortuna; no obstante, mi situación es buena; soy un hidalgo.» Juraría que lo eres. Tu modo de expresarte, tus facciones, tu estatura, tus movimientos, tu altivez, te blasonan cinco veces. ¡No nos apresuremos demasiado! ¡Despacio! ¡Despacio! A menos que el dueño no fuera el servidor. ¡Qué digo! ¡Puede pegarse tan rápidamente el contagio! Me parece que siento las perfecciones de ese joven, con atracción invisible y sutil, infiltrarse en mis ojos. Bien. Que así sea. ¡Hola! ¡Eh! ¡Malvolio!

Vuelve a entrar MALVOLIO

MALVOLIO.—Heme aquí, señora, a vuestro servicio.

OLIVIA.—Corre detrás de ese mensajero impertinente, el criado del conde. Ha dejado esta sortija, a pesar mío. Dile que no la quiero. Recomiéndale que no adule a su señor ni le haga concebir esperanzas, pues no soy para él. Si ese joven quiere volver mañana, le daré explicaciones de ello.

MALVOLIO.—Voy, señora. *(Sale.)*

OLIVIA.—No sé lo que me hago, y temo hallar en mis ojos un halagador demasiado grande de mi deseo (1). ¡Destino, muestra tu poder! Nosotros no disponemos de nosotros mismos. Lo que está decretado debe cumplirse; que sea así. *(Sale.)*

---

(1)
I do I know what: and fear to find.
Mine eyo too great a flatterer for my mind.

Hay grandes discrepancias entre los comentaristas sobre este pasaje.
Jonson propone que se traduzca como si el

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La orilla del mar

Entran ANTONIO *y* SEBASTIÁN

ANTONIO. — ¿No queréis permanecer más tiempo? ¿Rechazáis que vaya con vos?

SEBASTIÁN.—Por vuestra paciencia, no. Mi estrella brilla tristemente por encima de mí; la malignidad de mi destino podría tal vez influir sobre el vuestro. Por consiguiente, os ruego que me dejéis para que yo solo soporte mis desgracias. Sería recompensar mal vuestra amistad haceros coparticipe de mi infortunio.

ANTONIO.—Decidme al menos adónde os dirigís.

SEBASTIÁN.—No, a fe, señor. Mi determinado viaje es mera extravagancia. Pero reconozco en vos demasiada delicadeza para arrancarme un secreto que deseo guardar. Así, pues, estoy decidido a revelároslo yo mismo. Sabed, pues, Antonio, que mi nombre es Sebastián, y no Rodrigo. Mi padre era aquel Sebastián de Mesalina, de quien vos seguramente habréis oído hablar. A su muerte dejó dos hijos, yo y una hermana, venidos al mundo con una hora de diferencia. ¡Si el Cielo hubiera querido, habríamos muerto juntos! Pero vos, señor, lo dispusisteis de otro modo, porque una hora antes que me arrancaseis de las olas del mar, mi hermana se había ahogado.

ANTONIO.—¡Funesto día!

SEBASTIÁN. — Una mujer, señor, que, aunque la gente aseguraba que nos parecíamos mucho, todos la tenían por una verdadera belleza. No quisiera, sin embargo, dar demasiado crédito a la opinión; pero puedo afirmar que poseía un alma a cuya hermosura la propia envidia hubiera reconocido valor. Ahogada, ya, señor, en el agua amarga, debo yo ahogar su recuerdo en un agua más amarga todavía.

ANTONIO.—Perdonadme, señor, por haberos dado tan mal acogimiento.

SEBASTIÁN.—¡Oh buen Antonio! Excusadme por la molestia que os he ocasionado.

ANTONIO.—Si no queréis herirme en mis afecciones, dejadme ser vuestro servidor.

SEBASTIÁN.—Si no queréis deshacer lo que habéis hecho, es decir, perder al que habéis salvado, no pretendáis eso. Adiós, una vez más. Mi corazón está lleno de reconocimiento, y queda tanto de las cualidades de mi madre en mí, que a la menor ocasión mis ojos están prontos a traicionarme. Voy a la Corte del conde Orsino. Adiós. *(Sale.)*

ANTONIO. — ¡Que todos los dioses te sean propicios! Tengo muchos enemigos en la Corte de Orsino. De lo contrario, no tardaría en verte allí. Pero, suceda lo que quiera, te guardo tal afecto, que el peligro me parecería un juego, y decididamente iré. *(Sale.)*

---

texto dijese: *I am afraid that my eyes betray me, and flatter the youth without me consent, with discoveries, of love;* esto es: «Temo que mis ojos me traicionen y que, a pesar mío, este joven sospeche mi amor.»

Mason, que refuta a Ben Jonson, entiende: «Temo que mis ojos se forjen una idea demasiado halagadora de Cesario y no puedan resistir a la impresión.»

Malone, en cambio, propone: *I fear that my eyes will seduce my understanding:* «Recelo que mis ojos traicionen mi pensamiento.»

La conjetura de Malone es aceptable. Pero nosotros traducimos el sentido literal del texto de Shakespeare, que no ofrece oscuridad alguna en castellano.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ESCENA II

Una calle

Entra VIOLA; MALVOLIO *la sigue*

MALVOLIO.—¿No estabais hace poco con la condesa Olivia?

VIOLA.—En efecto, señor. No he llegado hasta aquí sino marchando a paso moderado.

MALVOLIO.—Os devuelvo esta sortija, señor. Pudierais haberme ahorrado esta molestia tomándola vos mismo. Añade, además, que debéis persuadir a vuestro amo, aunque sufra por ello, que no quiere saber nada de él. Y una cosa todavía: que jamás os toméis la libertad de hablarle de nuevo de este asunto, a menos que sea para contarle cómo le ha sentado a vuestro amo la cosa. Comprendedlo así.

VIOLA.—¡Que ella ha recibido de mí una sortija! No le he dado ninguna.

MALVOLIO.—Vamos, señor, se la habéis arrojado violentamente, y quiere que se os devuelva. Si vale la pena de que la recojáis, ahí está en el suelo, bajo vuestros ojos, y si no, que sea de quien se la encuentre. *(Sale.)*

VIOLA.—Yo no le he dejado ninguna sortija. ¿Qué quiere decir esta dama? ¡No permita el Destino que le haya cautivado mi exterior! Parecía gozar viéndome. Dijérase que, al mirarme, sus ojos encadenaban a su lengua, pues se expresaba con aire preocupado. Seguramente que me ama. Este es un ardid de amor que me invita a verla por conducto de ese mensajero descortés. ¡Rechaza la sortija de mi señor! Pero él no le ha enviado ninguna. Yo soy su hombre. Si es así, como así es, pobre dama, mejor haría en enamorarse de un sueño. Disfraz, lo noto, eres una inmoralidad que explota el enemigo malo. ¡Qué fácil es para un impostor imprimir su imagen sobre el corazón de cera de las mujeres! ¡Ay! ¡La causa está en vuestra fragilidad, no en nosotras! Porque somos lo que se nos ha hecho que seamos. ¿Cómo se arreglará esto? Mi señor la ama tiernamente, y yo, pobre monstruo, estoy profundamente prendada de él, y ella, engañada por las apariencias, parece que se ha enamorado de mí. ¿Qué va a resultar de esto? Como hombre (1), mi condición es desesperada, por haberme enamorado de mi amo. Como mujer (¡ay ahora!), ¡cuántos tristes suspiros voy a hacer exhalar a la pobre Olivia! ¡Oh tiempo! Tú debes desenredar todo esto, no yo. Es un nudo harto estrecho para que yo lo desate. *(Sale.)*

ESCENA III

Habitación en casa de Olivia

Entran SIR TOBÍAS BELCH *y* SIR ANDRÉS AGUECHEEK

SIR TOBÍAS.—Acércate, sir Andrés. No estar en la cama después de medianoche, es levantarse temprano; y *dilucula surgere*, ya lo sabes...

SIR ANDRÉS.—No, a fe mía, no lo sé; sólo sé que acostarse tarde es acostarse tarde.

SIR TOBÍAS.—Conclusión falsa, y que detesto tanto como una copa vacía. Estar levantado después de medianoche e ir a acostarse después de madrugar. De donde se sigue que acostarse después de medianoche es acostarse temprano. ¿No se compone nuestra vida de cuatro elementos?

SIR ANDRÉS.—A fe que así se dice; pero tengo para mí que más bien se compone de comer y beber.

SIR TOBÍAS.—Eres un sabio. Comamos, pues, y bebamos. ¡Mariana! ¡Eh! ¡Un cántaro de vino!

---

(1) *As I am man*. Hay aquí un juego de palabras intraducible, *pues man* significa, a la vez, «hombre» y «criado».

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Entra el BUFÓN

SIR ANDRÉS.—¡Aquí está el loco, pardiez!

BUFÓN.—¡Hola, almas mías! ¿No habéis visto nunca el retrato de nosotros tres? (1).

SIR TOBÍAS.—Bien venido seas, asno. Cántanos ahora unas coplas.

SIR ANDRÉS.—Por mi palabra, que este loco tiene una excelente voz. Daría cuarenta chelines por tener sus piernas y un acento tan dulce como el suyo. En verdad que estuviste inspirado la otra noche con tus bufonadas y chocarrerías al hablarnos de Pigrogromitus y de los Vapianos, pasando por línea equinoccial de Queubus. Por mi fe, que estuviste bueno. Te envié seis peniques para tu coima. ¿Los has recibido?

BUFÓN. — Embolsé tu gratificación, pues la nariz de Malvolio no es un mango de látigo. Mi dama tiene la mano blanca, y los mirmidones no son cervecerías.

SIR ANDRÉS.—¡Excelente! Después de todo, es la mejor bufonería. Ahora, una canción.

SIR TOBÍAS.—Vamos; ahí van seis peniques, y cantadnos una copla.

SIR ANDRÉS.—Toma de mi parte también un testón. Cuando un caballero da un...

BUFÓN.—¿Queréis una canción amorosa o una canción seria?

SIR TOBÍAS.—¡Una canción amorosa! ¡Una canción amorosa!

SIR ANDRÉS.—Sí, sí; yo no me cuido de cosas serias.

BUFÓN.

¿Adónde vais, dueña mía?
¡Ay! Deteneos y escuchad; llega vuestro fiel amante,
que puede cantar alto y bajo.
No os alejéis, dulce prenda.
Las jornadas dan fin con el encuentro de los enamorados.
Cada hijo de acuerdo los conoce.

SIR ANDRÉS. — Admirablemente bien, a fe.

SIR TOBÍAS.—¡Bien! ¡Bien!

BUFÓN.

¿Qué es el amor? No está al llegar.
La alegría presente tiene el reír presente
Lo que está por venir es aún oscuro.
En la dilación no existe espera.
Ven, por tanto, a besarme veinte veces, amada.
La juventud es una tela que no dura. (2).

SIR ANDRÉS.—Una voz melíflua, tan verdad como soy caballero.

SIR TOBÍAS.—Un suspiro contagioso.

SIR ANDRÉS.—Contagioso y dulce al mismo tiempo, a fe.

SIR TOBÍAS.—Cuando canta de nariz, es un dulce contagio. ¿Y si danzásemos la danza del cielo? (2). ¿Despertaríamos al buho nocturno entonando un estribillo capaz de poner en movimiento las tres almas de un tejedor? (3). ¿Consentís en ello?

SIR ANDRÉS. — Sí me estimáis, hagámoslo. Soy un perro cantando.

BUFÓN.—Por la Virgen, señor, y que hay perros que cantan bien.

SIR ANDRÉS.—Indudablemente. Cantemos el *Tú, bribón.*

BUFÓN.—¿El *Ten silencio, tú, bribón,*

(1) *The picture of we three?* Al decir de Henley, Shakespeare alude a la muestra suspendida a la puerta de una cervecería, representando dos asnos, sobre la cual aparecía esta inscripción:

«Mira bien, que somos tres.»

(1) *Sweet and twenty,* en el texto, frase poco menos que intraducible, que se halla también en *Las alegres casadas de Windsor:*

Good even, and twenty.

(2) *The welkin dance indeed.* Como en *Antonio y Cleopatra:*

Cup us till the world go round.

Bailar la danza del cielo era beber hasta que pareciese que el cielo daba vueltas.

(3) Alusión a las tres almas del hombre, vegetativa, animal y racional, según cierta filosofía peripatética del tiempo, que se define en un curioso libro aparecido en 1594 e intitulado *Trial of Wits.* Los tejedores pasaban a la sazón por excelentes cantantes.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

caballero? Me veré obligado a llamarte bribón, caballero.

SIR ANDRÉS.—No es la primera vez que he obligado a alguno a que me llame bribón. Comienza, loco. Principio así: «Ten silencio...»

BUFÓN.—Jamás empezaré, si tengo silencio.

SIR ANDRÉS.—Bien dicho, a fe. Vamos, comienza. *(Cantan un estribillo.)* (1).

Entra MARÍA

MARÍA.—¡Vaya una música de gatos! Si mi señora no ha despertado a su intendente Malvolio para decirle que se eche a la calle, tenedme por embustera.

SIR TOBÍAS.—Mi señora es una Cataya (2). Nosotros somos corteses, Malvolio es un *peg-a-Ramsey* (3) y *Nosotros somos tres alegres compadres* (4). ¿No soy consanguíneo tuyo? ¿No soy de su sangre? ¡Largaos, señora! (1).

Había un hombre en Babilonia, señora, se-
[ñora (2).

BUFÓN.—Dios me condene, que el caballero está en una admirable disposición.

SIR ANDRÉS.—Sí; se entrega voluntariamente cuando se halla bien dispuesto, y yo de igual manera. El pone más gracia, pero yo mayor naturalidad.

SIR TOBÍAS.—¡Oh! El día de la Epifanía... (3).

MARÍA.—¡Por amor de Dios, silencio!

Entra MALVOLIO

MALVOLIO. — Maeses, ¿estáis locos, o qué tenéis? No os halláis dotados de buen sentido, de modales ni de urbanidad, sino que habéis de armar una batahola propia de caldereros a estas horas de la noche. ¿Tomáis la casa de mi ama por una cervecería, para chillar vuestros estribillos de revendedores sin miramientos ni pudor de vos? ¿No guardáis respeto al sitio, a las personas ni al tiempo?

SIR TOBÍAS.—Hemos guardado el tiempo, señor, al cantar nuestro estribillo. Andad y que os ahorquen (4).

(1) *Thery sing a catch*, en el original. Aquí, como un poco más arriba, aparece esta palabra *catch*, que nosotros traducimos por «estribillo» pues era un coro cantado por tres personas, especie de canon. De la misma especie es aquel famosísimo que alude a Juana de Arco: *Let's live good honest lives*, etc.

(2) *My lady's a Cataian.* Mucho ha dado que discutir a los comentaristas y anotadores el sentido de la palabra última, que se encuentra igualmente en *Las alegres casadas de Windsor:*

I will not believe such a Cataian.

Es, sin duda—y por vez primera aparece esta dilucidación en castellano—, un término de hipocresía y desvergüenza, y quiere decir un chino, un natural de Catay. William D'Avenant, comediante inmediatamente posterior a Shakespeare, en una pieza suya intitulada *Love and honour*, emplea asimismo esta voz:

Hang him, bold Cataian!
(¡Ahórcate, atrevido Cataya!)

(3) Debe ser una canción obscena del tiempo, pues el satírico Nash menciona entre las baladas de esta especie una con el título de *Pag-a-Ramsey*.

(4) Nombre de otra antigua canción, citada en obras de Decker y Webster y de Beaumont y Fletcher.

(1) En el original, *Tilly-valley, lady*, expresión de desprecio, que Steevens cree una corrupción del vocablo latino *Titivi'titium*. Douce la juzga en término de caza, proveniente del francés, añadiendo que: «En la *Montería*, de Jacques Fouillon, que data en 1585, se menciona el siguiente grito: *Try a Hillaut and valleey.*» La voz vuelve a hallarse con la grafía *tilly-fally* en el acto II, escena cuarta, de la *Segunda parte de Enrique IV*.

(2) Primer verso de otra balada de la época: *The goodly and constant wyse Suzanne*.

(3) *O! the twelfth day of December*. No el 12 de diciembre, como traducen algunos, sin tener en cuenta que en tiempo de Shakespeare Inglaterra no había computado aún con la corrección gregoriana. Alude al 6 de enero, o sea el día de Reyes, festividad de la Epifanía, que es exactamente la traducción del *twelfth day*, como *Twelfth-Night* el título de la presente comedia.

(4) *Sneck up!* Expresión de difícil significado, que se encuentra en otros autores del tiempo de la reina Isabel. Ni Warburton, ni

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MALVOLIO.—Sir Tobías, voy a ser franco con vos. Mi señora me manda deciros que si accede a albergaros como pariente, no quiere convertirse en cómplice de vuestros desórdenes. Si podéis establecer una línea de separación entre vos y vuestro comportamiento, seréis bien recibido en su casa; de lo contrario, y si tuvierais la bondad de despediros, os daría con gusto su adiós.

SIR TOBÍAS.

Adiós, dulce corazón, pues tengo que partir (1).

MARÍA.—No, querido sir Tobías.

BUFÓN.

Sus ojos anuncian que están sus días contados.

MALVOLIO.—¿Es posible?

SIR TOBÍAS.

Pero yo nunca moriré.

BUFÓN.—Sir Tobías, aquí mentís.

MALVOLIO.—¡Os hacéis gran honor!

SIR TOBÍAS.

¿Le diré que se marche?

BUFÓN.

Y ¿qué, si lo hacéis?

SIR TOBÍAS.

¿Le diré que se marche y no lo miraré?

BUFÓN.

¡Oh! No, no, no, no. No os atreveréis.

SIR TOBÍAS.—¡Que cantamos a destiempo! ¡Mientes, señor! ¿Eres algo más que un intendente? ¿Piensas que porque te la eches de virtuoso no habrá ya más cerveza ni pasteles? (1).

BUFÓN.—Sí, por Santa Ana, y el jengibre nos quemará además la boca.

SIR TOBÍAS.—Tenéis razón. Id, señor, a limpiar vuestra cadena con migas de pan (2). ¡Una cántara de vino, María!

MALVOLIO.—Señorita María, si tenéis el aprecio de mi ama en algo más que su enojo, no os hagáis cómplice de tan desconsiderada conducta. Por esta mano, que sabrá lo sucedido. *(Sale.)*

MARÍA.—Idos a sacudir vuestras orejas.

SIR ANDRÉS.—Fuera acción tan meritoria como dar de beber al que tiene hambre el desafiar a ese hombre y luego faltar a la cita y hacer de él un jumento.

SIR TOBÍAS.—Hazlo, caballero. Yo te redactaré un cartel de desafío o le transmitiré verbalmente tu indignación.

MARÍA.—Querido sir Tobías, tened paciencia por esta noche. Desde que el joven mensajero del conde vino a ver a mi señora, ésta se encuentra muy preocupada. Cuanto a *monsieur* Malvolio, *dejadlo* a mi cuidado; si no me burlo de él de la manera más linda y no le hago objeto de las risotadas de todos, reconozco que no tengo talento bastante para tenderme recta en la cama. Lo repito, me encargo de ello.

SIR TOBÍAS.—Tennos al corriente; tennos al corriente. Cuéntanos algo de él.

MARÍA.—¡Pardiez!, señor, a veces es una especie de puritano.

SIR ANDRÉS.—¡Oh! Si lo creyera, le apalearía como a un perro.

SIR TOBÍAS.—¡Cómo! ¿Por ser puritano? ¿Qué razón convincente tendríais, caballero?

SIR ANDRÉS.—No tengo ninguna razón convincente, sino suficiente.

Douce, ni Farmer, ni Tyrwhitt la explican satisfactoriamente. Steevens, creyendo que hay errata, pregunta si debe leerse *sneack-cup*. Malone supone que la frase es sinónima de *go hang yourself*. Nosotros, siguiendo esta conjetura, traducimos como si el texto inglés dijera: *Go and be hanged!*

(1) Canción de la época, que se halla en el primer tomo de las *Reliquias de la antigua poesía*, del doctor Percy.

(1) *No more cakes and ale?* Refiérese a la costumbre de hacer pasteles los días de fiesta, que los puritanos tachaban de superstición.

(2) Alusión a la cadena alrededor del cuello que llevaban en lo antiguo los intendentes, para diferenciarse del resto de los criados.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

MARÍA.—Es un *diablo de puritano*, o, en todo caso, un ser nada estimable; un asno lleno de afectación, que se jacta de saberlo todo sin haber visto un libro, y se expresa en estilo ampuloso; el mejor conceptuado por propia opinión; tan inflado de cualidades que él se supone que está persuadido de que todas las que le miran no pueden menos de amarle. Y ése es el defecto que cuenta explotar a las mil maravillas mi venganza.

SIR TOBÍAS.—¿Qué vas a hacer?

MARÍA.—Esparciré en su camino algunas misteriosas cartas de amor, en las cuales se describan, sin equivocación posible, el color de su barba, la forma de sus piernas, su apostura, la expresión de sus ojos, su frente y su fisonomía. Puedo imitar la letra de mi ama, *vuestra sobrina*. Sobre un tema dado, sería difícil distinguir nuestra escritura.

SIR TOBÍAS.—¡Excelente! Huelo el proyecto.

SIR ANDRÉS.—Yo también lo tengo en las narices.

SIR TOBÍAS.—Creerá, por las cartas que tú le abandones, que provienen de mi sobrina, y que está enamorada de él.

MARÍA.—Mi proyecto es, efectivamente, un caballo de ese color.

SIR ANDRÉS.—Y vuestro caballo hará de él un asno.

MARÍA.—Un asno, sin duda.

SIR ANDRÉS.—¡Oh! Será admirable.

MARÍA.—Deporte real, os lo aseguro Mi medicina surtirá efecto. Os apostaréis los dos, y el bufón en tercer lugar, donde haya de recoger la carta, y observaréis las consecuencias. Por esta noche, a la cama, y soñemos en el acontecimiento. Adiós. *(Sale.)*

SIR TOBÍAS.—Buenas noches, Pentesilea.

SIR ANDRÉS.—A fe mía que es una buena muchacha.

SIR TOBÍAS.—Es una lebrela, un sofá, una criatura que me adora. ¿No es eso?

SIR ANDRÉS.—En otro tiempo me adoraba a mí también.

SIR TOBÍAS.—Vámonos a acostar, caballero. Necesitas mandar a pedir más dinero.

SIR ANDRÉS.—Si no puedo obtener la mano de vuestra sobrina, me encontraré en un *trance difícil*.

SIR TOBÍAS.—Envía por dinero, hidalgo. Si no acabas por obtenerla, califícame de penco.

SIR ANDRÉS.—Si no envío por él, no tengáis confianza en mí y tratadme como queráis.

SIR TOBÍAS.—Vamos, vamos, voy a consumir algunos vasos de jerez. Ahora es ya demasiado tarde para ir a la cama. Vamos, caballero. Vamos, caballero. *(Salen.)*

ESCENA IV

Un aposento en el palacio del Duque

Entran el DUQUE, VIOLA, CURIO *y otros*

DUQUE.—Dadme alguna música. Ahora, buenos días, amigos. Ya, buen Cesario, sólo deseo oír un canto, aquella antigua y evocadora balada que oímos la otra noche. Me parece que tranquilizaba mi pasión mejor que esos aires ligeros, esos motivos tan frecuentemente repetidos hoy en que se abusa de los tiempos vivos y chispeantes. Vamos, no más que una copla.

CURIO.—Tendrá que perdonar vuestra señoría, pues el que debía cantar no se halla aquí.

DUQUE.—¿Quién era?

CURIO.—Feste, el juglar, señor. Un bufón que apreciaba en alto grado el padre de ladi Olivia. Debe de andar por la casa.

DUQUE.—Que le busquen y que toquen ese aire mientras. *(Sale* CURIO. *Música.)* Acércate, muchacho. Si alguna vez amas, acuérdate de mí en tus dulces sufrimientos de amor, porque tal como me ves, así son todos los verdaderos enamorados inconstantes y caprichosos en sus acciones, salvo en la fiel imagen del ser que adoran. ¿Qué te parece ese aire?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

VIOLA.—Encuentra eco en el corazón donde el amor tiene su trono.

DUQUE.—Hablas magistralmente. Apostaría mi vida a que, tan joven como eres, tus ojos se han fijado ya en alguna cara que te ha gustado. ¿No es así, niño?

VIOLA.—Un poco, con permiso de vuestra merced.

DUQUE.—¿Qué clase de mujer es?

VIOLA.—De vuestra complexión (1).

DUQUE.—Entonces, no es digna de ti. ¿Qué edad tiene?

VIOLA.—La vuestra, poco más o menos, señor.

DUQUE.—Demasiada edad, por el Cielo. Que la mujer escoja a un hombre de más edad que ella, es natural, pues así la unión resulta más perfecta y fuerte y conserva la mujer por más tiempo el lugar de preferencia en el corazón de su esposo. Porque debes saber, mancebo, que, por más que nosotros nos alabemos, nuestras afecciones son más inconstantes, más variables, más vehementes, más pronto aplacadas, más rápidamente concebidas que las de las mujeres.

VIOLA.—Así lo pienso, señor.

DUQUE.—Entonces, haz que tu amada sea más joven que tú, o tu afección será poco duradera. Porque las mujeres son como las rosas, cuya belleza se marchita y deshoja no bien ostentan su plena floración.

VIOLA.—Así son, en efecto. ¡Ay! ¡Que sean así! ¡Que mueran precisamente cuando alcanzan su mayor hermosura!

Vuelve a entrar CURIO *con el* BUFÓN

DUQUE.—¡Oh camarada! Ven y cántanos la canción de la otra noche. Escúchala, Cesario. Es vieja y sencilla. Las hilanderas, las calceteras que toman el sol, las jóvenes cuyo corazón es libre y que tejen con la lanzadera, acostumbran cantarla. La letra es ingenua y respira la inocencia del amor de los antiguos tiempos.

BUFÓN.—¿Estáis dispuesto, señor?

DUQUE.—Sí, canta; te suplico.

BUFÓN.

Ven acá, ven acá, muerte,
y que se me entierre bajo un triste ciprés.
Echate a volar, échate a volar, aliento;
me ha matado una niña cruel y hermosa.
Haced de follaje mi sudario blanco.
¡Oh, preparadle!
Mi figura de muerte, nadie tan fielmente
representará.
Ni una flor, ni una dulce flor
se lance sobre mi negro ataúd.
Ni un amigo, ni un amigo salude
mi pobre cuerpo donde se arrojen mis huesos.
Para evitar miles y miles de sollozos,
tendedme, ¡oh!, donde
el amante triste y sincero no pueda hallar mi [tumba
para llorar allí.

DUQUE.—Toma, por tu molestia.

BUFÓN.—No me ha causado ninguna molestia, señor. Para mí es un placer cantar, señor.

DUQUE.—Tu placer es lo que pago.

BUFÓN.—En efecto, señor, porque el placer se paga un día u otro.

DUQUE.—Autorízame ahora para despedirte.

BUFÓN.—¡Pues que el dios de la melancolía te proteja y que el sastre te haga un jubón de tafetán mudable, porque tu alma es un verdadero ópalo! Quisiera que hombres tan constantes se hiciesen a la mar teniendo asuntos por todas partes y ningún fin determinado. Porque es el modo de hacer vanamente un buen viaje. Adiós. *(Sale.)*

DUQUE.—Que los demás se vayan también. *(Salen* CURIO *y las personas del séquito.)* Una vez más, Cesario, vuelve a casa de esa soberana cruel; dile que mi amor, más noble que el Universo, no se preocupa del precio que puede representar un fango inmundo. Dile que de esos bienes que la fortuna le ha deparado haga tan poco caso como de la fortuna misma. Lo que cautiva mi alma

(1) *Of your complexion.* De vuestra tez, quiere decir; de un rostro parecido al vuestro, que tal es el sentido de *complexion.*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

es la perla real con que la ha embellecido milagrosamente la Naturaleza.

VIOLA.—¡Pero si ella no puede amaros, señor!

DUQUE.—No puedo admitir semejante contestación.

VIOLA.—No obstante, debéis admitirla. Supongamos que una mujer, quizá la tal existe, sufre por vuestro amor como vos sufrís por el de Olivia. Vos no podéis amarla. Vos se lo decís. ¿No debe aceptar ella semejante contestación?

DUQUE.—Ninguna mujer sabría soportar los golpes de una pasión tan fuerte como la que el amor ha puesto en mí. No hay corazón de mujer capaz de resistirlos. Los suyos no son tan vastos. ¡Ay! Su amor puede pasar por un apetito, en el cual no entra el sentimiento, sino el paladar, que se sacia, se hastía y se rebela. Mientras que el mío es hambriento como el mar y puede digerirlo todo. No establezcas comparación entre el amor que una mujer pueda sentir por mí y el que yo siento por Olivia.

VIOLA.—Sí; pero yo sé...

DUQUE.—¿Qué sabes tú?

VIOLA.—Sé demasiado bien hasta qué punto pueden llegar las mujeres por los hombres. La verdad es que poseen un corazón tan sincero como el de nosotros. Mi padre tenía una hija que amaba a un hombre tanto como yo, quizá, si fuese mujer, amaría a vuestra señoría.

DUQUE.—Y ¿cuál es su historia?

VIOLA.—Es bien sencilla, señor. Nunca ha descubierto su amor, sino que ha dejado su secreto roer el color de sus mejillas, como el gusano una flor en capullo; se ha relegado a sus pensamientos, y, verdosa, amarillenta por la melancolía, ha permanecido como sobre un monumento la estatua de la Resignación sonriendo al Dolor. ¿No era esto amor, verdaderamente? Nosotros los hombres podemos decir más, multiplicar los juramentos; pero indudablemente prometemos más que cumplimos. Porque somos más pródigos en protestas y más pobres en sentimiento.

DUQUE.—Pero ¿murió de amor tu hermana, muchacho?

VIOLA.—Yo represento a todas las hijas de la casa de mi padre y también a todos los hermanos. Y, sin embargo, no sé... Señor, ¿habré de visitar a aquella dama?

DUQUE.—Sí; ése es el asunto. Búscala a toda prisa. Entrégale esta joya. Dile que mi amor no puede ni abandonar el sitio ni aceptar un desaire. *(Salen.)*

ESCENA V

El jardín de Olivia

Entran SIR TOBÍAS BELCH, SIR ANDRÉS AGUECHEEK *y* FABIÁN

SIR TOBÍAS.—Acércate, signior Fabián.

FABIÁN.—Aquí estoy. Si pierdo un átomo de esta diversión, que me cueza la muerte con la melancolía.

SIR TOBÍAS.—¿No te alegraría ver a ese roñoso bellaco cubierto completamente de vergüenza?

FABIÁN.—Me regocijaría, hombre. Ya sabes que me he indispuesto con mi señor con motivo de una lucha de osos.

SIR TOBÍAS.—Para irritarle, tendremos nuevamente un oso y lo enloqueceremos hasta ponerlo de negro y azul. ¿No es eso, sir Andrés?

SIR ANDRÉS.—Si no lo hacemos, no debe haber piedad para nuestras vidas.

SIR TOBÍAS.—Aquí viene nuestra bribonzuela. ¿Qué hay, mi metal de la India?

Entra MARÍA

MARÍA.—Dirigíos los tres hacia el bosquecillo de bojes. Malvolio se pasea por este lado. Estaba allá abajo, al sol, dando actitudes a su sombra desde hace media hora. Observadle, por amor de la burla, pues estoy cierta de que esta carta va a convertirle en idiota contemplativo. ¡Ocultaos, en nombre de la mofa! Quédate aquí *(Arrojando al suelo una*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

carta.), pues llega la trucha que vamos a atrapar cosquilleándola. *(Sale.)*

Entra MALVOLIO

MALVOLIO.—Es cuestión de suerte; todo lo hace la suerte. María me ha dicho una vez que mi señora me amaba. Ella ha afirmado, incluso, que de enamorarse, lo sería de un hombre de mi apostura. Por otra parte, ella tiene conmigo más consideraciones que con nadie.

SIR TOBÍAS.—¡Qué presumido es el bellaco!

FABIÁN.—¡Eh, silencio! La contemplación de sí mismo le transforma en ganso. ¡Cómo se pavonea bajo sus plumas erizadas!

SIR ANDRÉS.—¡Me dan ganas de romperle los huesos a ese truhán!

SIR TOBÍAS.—¡Silencio, digo!

MALVOLIO.—¡Sir conde Malvolio!

SIR TOBÍAS.—¡Ah sinvergüenza!

SIR ANDRÉS. —¡Dale un pistoletazo! ¡Dale un pistoletazo!

SIR TOBÍAS.—¡Silencio! ¡Silencio!

MALVOLIO.—Hay ejemplos de ello: la dama de Strachy se casó con el ujier de su guardarropa.

SIR ANDRÉS.—¡Vergüenza de él, Jezabel!

FABIÁN.—¡Oh, silencio! Ahora se queda ensimismado. Ved cómo se hincha su imaginación.

MALVOLIO.—A los tres meses de casado con ella, sentándome en mi dosel...

SIR TOBÍAS.—¡Oh! ¡No tener una ballesta para apuntarle en un ojo!

MALVOLIO.—Llamando en torno mío a mis sirvientes, con mi bata de terciopelo rameado, saliendo de mi sofá (1), donde habría dejado a Olivia durmiendo...

SIR TOBÍAS.—¡Fuego y salitre!

FABIÁN.—¡Oh! ¡Silencio! ¡Silencio!

MALVOLIO.—Y entonces adoptar un aire señorial, y después de haber paseado sobre ellos una mirada severa, para darles a conocer que me doy cuenta de mi situación, como ellos deben saber la suya, preguntar por mi pariente Tobías.

SIR TOBÍAS.—¡Cerrojos y grillos!

FABIÁN.—¡Oh, silencio, silencio, silencio! Ahora, ahora.

MALVOLIO.—Siete de mis criados con pronta obediencia, salen en su busca. Frunzo en tanto el entrecejo y doy cuerda a mi reloj (1), o juego con alguna rica joya. Se acerca Tobías; me hace un reverendo saludo...

SIR TOBÍAS.—¿Dejaré vivir a este majadero?

FABIÁN.—Aunque se nos descuartizara para hacernos hablar, silencio todavía.

MALVOLIO.—Yo le tiendo mi mano, templando mi sonrisa familiar con una austera mirada escudriñadora...

SIR TOBÍAS.—¿Y si Tobías te hunde entonces la mandíbula de un puñetazo?

MALVOLIO.—Y le digo: «Primo Tobías, puesto que la suerte ha arrojado en mis brazos a vuestra sobrina, concededme la prerrogativa de deciros...»

SIR TOBÍAS.—¿Qué? ¿Qué?

MALVOLIO. —«Que debéis enmendaros del vicio de la embriaguez...»

SIR TOBÍAS.—¡Fuera, sarnoso!

FABIÁN.—Vamos, paciencia, o romperemos los nervios de nuestra conspiración.

MALVOLIO.—«Además, malgastáis el tesoro de vuestro tiempo con un caballero imbécil.»

SIR ANDRÉS.—Que soy yo, os lo garantizo.

MALVOLIO.—«Un tal sir Andrés...»

SIR ANDRÉS.—Sabía que era yo, porque muchos me llaman imbécil.

MALVOLIO. — *(Viendo la carta.)* ¿Qué veo?

FABIÁN.—Ya está la chocha (2) junto a la trampa.

---

(1) *From a day-bed.* Los traductores vierten aquí «un diván reservado para la siesta». Es, sencillamente, un *sofá*. El compuesto aparece también en *Ricardo III*, acto III, escena VII: *He his not lolling on a lewd day-bed.*

(1) Era el reloj de bolsillo entonces un objeto raro, importado de Alemania hacia 1580.

(2) *Voodcock.* Todas las versiones traducen mal la voz. Las francesas escriben *coq de bruyère;* las españolas, «gallo de cañar». Se trata de la chocha, ave citada con frecuencia por Shakespeare. En nuestro estudio sobre el

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SIR TOBÍAS.—¡Oh, silencio! ¡Que el genio del buen humor le impulse a leerla en voz alta!

MALVOLIO.—*(Cogiendo la carta.)* Por mi vida, es la letra de mi señora. Estas son sus ces, sus úes, y sus tes. Así hace sus pes mayúsculas. Es su escritura, indudablemente.

SIR ANDRÉS.—Sus ces, sus úes y sus tes. ¿Qué quiere decir?

MALVLIO.—*(Leyendo.)* «Al amado desconocido, esta carta y mis suspiros.» ¡Su manera de expresarse! Con vuestro permiso, cesa. ¡Silencio! El sello representa la Lucrecia, con que sella todas sus cartas. Es de mi ama. ¿A quién se dirigirá?

FABIÁN.—¡Cogido por el hígado y todo lo demás!

MALVOLIO.

Júpiter sabe que te amo.
Pero ¿a quién?

Labios, permaneced mudos.

Nadie lo debe saber.

«¡Nadie lo debe saber!» Veamos lo que sigue. La rima no es igual. «¡Nadie lo debe saber!» ¡Si se refiriera a ti, Malvolio!

SIR TOBÍAS.—¡A fe que te hago ahorcar, tejón!

MALVOLIO.

Puedo mandar donde adoro.
Pero el silencio, como el puñal de Lucrecia,
hiere mi corazón con un golpe que no le hace
M. O. A. I. reina sobre mi vida [sangrar.

FABIÁN.—¡Un admirable enigma!

SIR TOBÍAS.—Una excelente muchacha, lo repito.

MALVOLIO.—«¡*M. O. A. I.* reina sobre mi vida!» Pero primero veamos, veamos, veamos.

FABIÁN.—¡Qué plato envenenado le ha servido!

SIR TOBÍAS.—Y ¡con qué aletazo ha caído el buitre encima de él!

MALVOLIO. — «¡Puedo mandar donde adoro!» Puede mandarme. Estoy a su servicio y es mi señora. Esto sería evidente para la inteligencia más ordinaria. No hay duda posible. ¡Y al fin! ¿Qué significa esta combinación alfabética? ¡Si encontrase algo que se relacionara con mi persona!... ¡Silencio!... *M. O. A. I.*

SIR TOBÍAS.—¡Oh! Intenta adivinarlo. Vedlo ahora bastante perplejo.

FABIÁN.—El sabueso va a lanzar el ladrido sobre la presa, que huele a zorro.

MALVOLIO.—*M.* Malvolio; *M.;* porque así comienza mi nombre.

FABIÁN.—¿No he dicho que saldría del apuro? El mastín es diestro para perder la pista.

MALVOLIO.—*M.* Pero entonces no hay consonacia con lo que sigue. Esto no prueba nada. Debiera acompañarle la *A.;* pero es la *O.*

FABIÁN.—Esto acabara en un *¡Oh!* seguramente.

SIR TOBÍAS. — Sí, o le apalearé para que grite: *¡Oh!*

MALVOLIO. — Y a continuación viene una *I.*

FABIÁN.—Si tuvierais los ojos atrás podríais ver que no hay más desgracias en vuestros talones que alegrías delante de vos.

MALVOLIO.—*M. O. A. I.* Esto no se arregla como al principio. Y, no obstante, profundizando un poco, podría estar relacionado conmigo, pues cada una de esas letras entra en mi nombre. ¡Silencio! Aquí viene prosa: «Si cae en tus manos esta carta, reflexiona. Mi destino es superior al tuyo; pero no te asustes de mi grandeza. Unos nacen grandes, otros adquieren la grandeza, y otros, en fin, tienen la grandeza suspendida sobre sí. Los destinos te tienden sus manos: que tu audacia y tu ingenio las estrechen. Para acostumbrarte a lo que de-

léxico del gran dramaturgo hemos hallado dicha palabra en *Hamlet, La doma de la bravía, Mucho ruido y pocas nueces, La tempestad*, la *Tercera parte de Enrique VI*, etc.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

bes ser, cambia de piel y aparece bajo un aspecto nuevo. Muéstrate hostil con cierto pariente e intratable con los criados. Que tu lengua no exprese sino palabras graves. Afecta la originalidad. Es el consejo de la que suspira por ti. Acuérdate de quien alababa tus medias amarillas y anhelaba verte adornado de jarreteras cruzadas. Lo repito, acuérdate. Anda. Ya eres algo, si quieres serlo. Si no, te consideraré todavía como un intendente, hecho para vivir con los criados e indigno de tocar los dedos de la Fortuna. Adiós. La que quisiera servirte en vez que la sirvieras, *La feliz infortunada.*» ¡La luz del día que alumbra los campos no es tan clara! Es la evidencia misma. Quiero ser insolente, leer a los autores políticos, alzar el gallo a Tobías, lavarme de toda compañía grosera, convertirme en un exquisito, en un verdadero hidalgo. Yo no estoy mal de la cabeza, no me hago ilusiones; todo me confirma que me ama mi señora. Me felicitaba últimamente por mis medias amarillas; ensalzaba mi pierna portadora de una jarretera cruzada. Era una forma de revelarse a mi amor; era ordenarme, para hablar con propiedad, que me vistiera a su gusto. Gracias sean dadas a mis estrellas, sol feliz. Afectaré modos de andar extraños, seré altivo, llevaré medias amarillas, jarreteras cruzadas, y esto, sobre la marcha. ¡Loados sean Júpiter y mis estrellas! Aún hay aquí un *post scriptum:* «Es imposible que no adivines quién soy. Si respondes a mi amor, déjalo ver en tu sonrisa. ¡Te cae tan bien! Por tanto, sonríe siempre en presencia mía, dulce corazón, yo te lo ruego.» ¡Júpiter, te doy las gracias! Sonreiré. Sonreiré a todo lo que se me ofrezca. *(Sale.)*

FABIÁN.—No daría mi parte en esta diversión por una pensión de mil libras pagaderas sobre el tesoro del Sofí.

SIR TOBÍAS.—Me casaría con la doncella por su ingenio.

SIR ANDRÉS.—Y yo también.

SIR TOBÍAS.—Y no le pidiera otra dote que una segunda broma del mismo género.

SIR ANDRÉS.—Ni yo.

FABIÁN.—Aquí está mi noble forjabromas.

Vuelve a entrar MARÍA

SIR TOBÍAS.—¿Quieres poner tu pie en mi cuello?

SIR ANDRÉS.—¿O en el mío?

SIR TOBÍAS.—¿Quieres jugar mi libertad al *tray-trip* y convertirme en tu esclavo sumiso?

SIR ANDRÉS.—¿Y a mí también?

SIR TOBÍAS.—Le has hecho caer en tal sueño, que cuando se despierte acabará loco.

MARÍA.—Bueno; pero decidme la verdad: ¿ha producido en él su efecto?

SIR TOBÍAS.—Como el aguardiente en una comadrona.

MARÍA.—Si queréis asistir al resultado de la farsa, observadle la primera vez que se presente ante mi señora. Se presentará ante ella con medias amarillas, color que aborrece; con jarreteras cruzadas, moda que detesta. Le dirigirá sonrisas, que en la disposión de espíritu en que se halla, y tan melancólica como es, no podrán sino acarrearle muestras de desprecio. Si queréis verlo, seguidme.

SIR TOBÍAS.—¡Hasta las puertas del Tártaro iría yo en pos de ti, el mejor de los diablos espirituales!

SIR ANDRÉS.—Y yo también. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

En el jardín de Olivia

Entran VIOLA *y el* BUFÓN, *éste con un tamboril*

VIOLA.—Dios te guarde, amigo, a ti y a tu música. ¿Vives del tamboril?

BUFÓN.—No, señor; arrimado a la iglesia.

VIOLA.—¿Eres eclesiástico?

BUFÓN.—No, señor; vivo junto a la iglesia, porque vivo en mi casa, que se halla al lado de la iglesia.

VIOLA.—Podría decirse, entonces, que el rey duerme arrimado a un mendigo si el mendigo habita cerca de él; o que la iglesia está al lado de tu tamboril, puesto que tu tamboril está cerca de la iglesia.

BUFÓN.—Bien dicho, señor. ¡Razonar a esa edad! Una frase no es más que un guante de cabritilla para un ingenio agudo. ¡Con qué facilidad puede volverse del revés!

VIOLA.—Sí, en verdad; los que saben jugar con las palabras, con frecuencia las corrompen.

BUFÓN.—En ese caso, lamento que se haya puesto nombre a mi hermana, señor.

VIOLA.—¿Por qué?

BUFÓN.—Porque su nombre es una palabra, y si con ella se juega, es de temer que se corrompa. En verdad que las palabras son unas sinvergüenzas desde que los ofrecimientos las han deshonrado.

VIOLA.—¿Qué razones alegas, hombre?

BUFÓN.—En verdad, señor, que no puedo alegar una sin palabras, y las palabras han llegado a ser tan ruines, que siento repugnancia de razonar con ellas.

VIOLA.—Eres un alegre compañero, que no se preocupa de nada.

BUFÓN.—Os engañáis, señor. Hay una cosa de que me preocupo. Pero, en conciencia, no os concierne. Si eso se llama no preocuparse de nada, deseo que os plagáis invisible.

VIOLA.—¿No eres el bufón loco de lady Olivia?

BUFÓN.—No, en verdad, señor. La dama Olivia no gusta de la locura. No albergará en su casa ningún loco, señor, hasta que esté casada. Los locos se parecen a los maridos como las sardinas a los arenques; sólo que los maridos son más gruesos. No soy su bufón, sino su corruptor de palabras.

VIOLA.—Yo te he visto últimamente en casa del conde Orsino.

BUFÓN.—La locura, señor, da vueltas alrededor del orbe; como el sol, brilla por todas partes. Quedaría desolado, señor, de que el loco esté con vuestro amo tan frecuentemente como con mi señora. Creo haber advertido vuestra cordura en su casa.

VIOLA.—Si bromeas, me voy. Toma, ahí van esos seis peniques para ti. *(Dándole unas monedas.)*

BUFÓN.—¡Que Júpiter, en su próxima distribución de pelos, te depare una barba!

VIOLA.—Por mi fe, voy a franquearme contigo. Suspiro por una barba; pero a condición de que no crezca en mi mentón. ¿Está dentro tu señora?

BUFÓN. — *(Contemplando el dinero.)* ¿No podrían hacer hijos un par de monedas de éstas?

VIOLA.—Sí; colocándolas juntas y en posición favorable.

BUFÓN.—Sería capaz de representar el papel del señor Pándaro de Frigia para proporcionar una Cressida a este Troilo.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

VIOLA.—Os comprendo, señor; eso se llama mendigar hábilmente.

BUFÓN.—No es gran negocio, señor, según creo, el mendigar una mendiga. Cressida no era sino una mendiga. Mi señora está en casa, señor. Voy a explicarle de dónde venís. Cuanto a lo que sois y lo que queréis, está por encima de mi esfera. Podría haber dicho de mi elemento, pero la palabra está en desuso. *(Sale.)*

VIOLA. — Este tunante es demasiado cuerdo para hacer de loco. Y para llenar semejante papel es preciso no carecer de ingenio. Está obligado a observar el humor de aquel de quien se burla, la calidad de las personas y el momento en que, como el *haggard*, debe lanzarse sobre la pluma que distingue. Es un talento tan difícil de conseguir como el del sabio. La locura que se manifiesta por palabras sensatas es ingeniosa, mientras que los sensatos, si se vuelven locos, pierden para siempre su cordura.

Entran SIR TOBÍAS BELCH *y* SIR ANDRÉS AGUECHEEK

SIR TOBÍAS.—Dios os guarde, caballero.

VIOLA.—Y a vos también, señor.

SIR ANDRÉS.—*Dieu vous garde, monsieur.*

VIOLA. — *Et vous aussi; votre serviteur* (1).

SIR ANDRÉS.—Creo, señor, que lo sois, y yo soy el vuestro.

SIR TOBÍAS.—¿Queréis penetrar en casa? Mi sobrina dirá que entréis, si tenéis algún encargo para ella.

VIOLA.—Por vuestra sobrina he venido, señor. Quiero decir que es el objeto de mi viaje.

SIR TOBÍAS.—Ensayad vuestras piernas, señor: ponedlas en movimiento.

VIOLA.—Mis piernas me entienden mejor, señor, que yo os entiendo a vos cuando me decís que ensaye mis piernas.

SIR TOBÍAS.—Quiero significar, señor, que andéis y entréis.

VIOLA.—Andando y entrando os contestaré. Mas se nos gana por la mano.

Entran OLIVIA *y* MARÍA

Excelente dama y la más cumplida. el Cielo haga llover perfumes sobre vos.

SIR ANDRÉS.—Ese joven es un raro cortesano. ¡Llover perfumes! Bien.

VIOLA.—Mi amor, señora, no tiene voz sino para vuestros oídos: tan propicios son y condescendientes.

SIR ANDRÉS.—«Perfumes», «propicios» y «condescendientes». Apuntaré esas tres palabras.

OLIVIA.—Cerrad la puerta del jardín y dejadme dar audiencia. *(Salen* SIR TOBÍAS, SIR ANDRÉS *y* MARÍA.) Dadme vuestra mano, señor.

VIOLA.—Mis homenajes, señora, y mi más humilde servicio.

OLIVIA.—¿Cómo os llamáis?

VIOLA. — Cesario, para serviros, es el nombre de vuestro servidor, hermosa princesa.

OLIVIA.—¡Mi servidor, señor! El mundo ha cesado de estar alegre desde que una baja adulación comenzó a llamarse cumplimiento. ¿Sois el servidor del duque Orsino, joven?

VIOLA.—El conde es vuestro servidor; por tanto, yo debo ser el vuestro. El servidor de vuestro servidor es vuestro servidor, señora.

OLIVIA.—Cuanto a él, no me ocupo. En lo que respecta a sus pensamientos, quisiera que no existiesen, si deben estar llenos de mi persona.

VIOLA. — Señora, vengo a despertar vuestros gentiles pensamientos en favor suyo.

OLIVIA.—Con vuestro permiso, os ruego que no me habléis de él. Si queréis pasar a otro tema, preferiría escuchar vuestras solicitaciones a la armonía de las esferas.

VIOLA.—Querida señora...

OLIVIA. — Permitidme un instante, os ruego. Desde el último encantamiento que me habéis causado aquí, os he remitido una sortija. He abusado, de esta

(1) Las dos voces, en francés en el texto.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

manera, de mí, de mi servidor, y temo que también de vos. Me expuse a que interpretarais desfavorablemente mi manera de proceder, obligándoos, por un medio vergonzoso, a que aceptarais lo que sabíais que no os pertenecía. ¿Qué habéis pensado? ¿No habéis atado a un poste mi honor? ¿No lo habéis lanzado a todas las suposiciones desenfrenadas de un corazón sin piedad? Para vos, que comprendéis tan fácilmente, me he descubierto lo bastante. Mi pobre corazón no es un tejido que disimula, sino una gasa transparente. Ahora podéis hablar

VIOLA.—Os tengo compasión.

OLIVIA.—Que es un paso para el amor.

VIOLA.—No, no un peldaño, pues es una prueba vulgar que sentimos piedad de nuestros enemigos.

OLIVIA.—Entonces, creo que es tiempo de reír nuevamente. ¡Oh mundo! ¡Cómo los más humildes son voluntariamente orgullosos! ¡Si uno de nosotros debe servir de presa, más vale que caiga ante el león que ante el lobo! *(Suena un reloj.)* El reloj me reprocha el tiempo perdido. No os espantéis, bondadoso joven; no pretendo nada de vos. Sin embargo, cuando la cosecha de vuestro talento y juventud se halle en sazón, vuestra mujer podrá recolectar un hombre. He aquí vuestra ruta al Occidente.

VIOLA.—Iré, pues, del lado del Occidente. Que la gracia y las buenas disposiciones acompañen a vuestra señoría. ¿No tenéis nada que decirme que pueda llevar a mi amo?

OLIVIA.—Quédate. Te suplico que me digas lo que piensas de mí.

VIOLA.—Que pensáis no ser lo que sois.

OLIVIA.—Si pienso así, pienso igual que vos.

VIOLA.—Entonces, pensáis acertadamente. Yo no sé lo que soy.

OLIVIA.—Quisiera que fueseis lo que quisiera yo.

VIOLA.—Si he de ganar en ello, desearía que así fuera. Porque a la hora presente soy vuestro bufón.

OLIVIA.—¡Oh! ¡Qué bien sienta el desprecio a sus labios desdeñosos e irritados! Un asesino no se denuncia tan pronto como el amor que busca ocultarse. La noche de amor es un pleno mediodía. Cesario, por las rosas de la primavera, por la virginidad, el honor, la buena fe, por todo, te amo a tal extremo, que, a pesar de tu orgullo ni el talento ni el juicio pueden disimular mi pasión. ¡Que este amor no avive tu desdén! Bajo pretexto de que soy yo quien me declaro harías mal en rechazarme. Recuerda más bien que si es dulce el amor que se ha conquistado, el que se ofrece sin solicitaciones es mejor.

VIOLA.—Juro por mi inocencia, por mi juventud, que tengo un corazón, un alma, una fe que no pertenecen a mujer alguna, ni jamás ninguna mujer será señora de ellos, sino yo. Conque adiós, buena dama. No volveré ya a hablaros del amor de mi señor.

OLIVIA.—¡Vuelve a visitarme todavía! Tal vez hagas latir de amor un corazón que ahora no siente sino odio. *(Salen.)*

ESCENA II

Aposento en casa de Olivia

Entran SIR TOBÍAS BELCH *y* SIR ANDRÉS

SIR ANDRÉS.—No, a fe mía; no permaneceré ni un instante más.

SIR TOBÍAS.—Tu razón, querido veneno. Dime tú razón.

FABIÁN.—Debéis dar vuestra razón, sir Andrés.

SIR ANDRÉS.—¡Pardiez! He visto a vuestra sobrina prodigar al servidor del conde más mercedes de las que a mí me ha concedido. Lo he visto en el jardín.

SIR TOBÍAS.—¿Sabía ella que estabas tú allí, viejo camarada? Responde.

SIR ANDRÉS.—Tan claramente como os veo en este instante.

FABIÁN.—Ella no podía daros mayor prueba de amor.

SIR ANDRÉS.—¡Voto va! ¿Me tomáis por un asno?

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

FABIÁN.—Me comprometo a demostrároslo, caballero, con auxilio del juicio y de la razón.

SIR TOBÍAS.—Eran ya grandes jueces antes que Noé fuera marino.

FABIÁN.—Ha mostrado preferencia por ese joven a vuestros ojos únicamente para desesperaros, despertar vuestro valor dormido, inflamar vuestro corazón y poner salitre en vuestro hígado. En aquel momento debisteis haberla abordado, y con algunas lindezas de nuevo cuño imponer silencio al muchacho. He aquí lo que ella esperaba de vos y que no ha podido obtener. Acabáis de dejar perder el doble beneficio de esta oportunidad, y ahora navegáis al norte de la estimación de mi señor, de donde quedáis suspendido como un trozo de hielo en la barba de un holandés, a menos que subsanéis vuestro error mediante alguna acción loable, valerosa o política.

SIR ANDRÉS.—Más bien sería valerosa, pues odio la política. Igual se me daría ser un brownista que un político (1).

SIR TOBÍAS.—Entonces, edifica tu fortuna sobre la base del valor. Desafía al joven paje del conde a un combate singular. Hiérele en cinco sitios diferentes. Mi sobrina tomará nota de ello. Te aseguro que en el mundo no hay mediador más eficaz entre un hombre y una mujer que el ruido de su valor.

FABIÁN.—Es el único medio, sir Andrés.

SIR ANDRÉS.—¿Quién de vosotros quiere llevarle mi cartel de desafío?

SIR TOBÍAS.—Escríbele con mano marcial. Sé provocativo y breve. Importa poco que sea espiritual; lo principal es mostrarse original y elocuente. Prodigad el insulto con toda la soltura de la tinta. Si le tuteas, aunque sólo sea tres veces, mejor que mejor. Dale tantos mentises como quepan en la hoja de papel, aunque fuera tan espaciosa como el lecho de Ware, en Inglaterra. Pon mucha hiel en la tinta, y si te sirves de una pluma de ganso, no te preocupes más.

SIR ANDRÉS.—¿Dónde puedo hallaros?

SIR TOBÍAS.—Iremos a buscarte en tu cubículo. Anda. *(Sale* SIR ANDRÉS.)

FABIÁN.—Este es un maniquí que os cuesta caro, sir Tobías.

SIR TOBÍAS.—Soy yo quien le cuesta caro, muchacho. Lleva gastadas conmigo alrededor de dos mil libras.

FABIÁN.—Vamos a obtener de él un curioso autógrafo. Confío en que no le daréis curso.

SIR TOBÍAS.—Entonces os permito que desconfiéis de mí. Le daré curso y no olvidaré nada para incitar al paje a que le conteste. Creo, no obstante, que no lograrán reunirlos ni cables ni bueyes de tiro. Cuanto a Andrés, podéis abrirlo; si encontráis en su hígado la sangre necesaria para pegar las patas de una mosca, me comprometo a comerme el cadáver.

FABIÁN.—En lo que concierne al paje, su adversario, su rostro no denuncia tampoco mucha crueldad.

Entra MARÍA

Mirad: aquí viene el reyezuelo más joven de nuestra nidada.

MARÍA.—Si os gusta la alegría, si queréis reír hasta apretaros el costado, seguidme. El zamacuco de Malvolio se ha convertido en un verdadero pagano, en un renegado, pues no hay cristiano deseoso de salvarse por una convicción ortodoxa que pueda creer en cosas tan imposibles y groseras. ¡Va con medias amarillas!

SIR TOBÍAS.—¡Y lleva jarreteras cruzadas!

MARÍA.—¡De lo más horrible! Recuerda a esos pedantes que guardan escolares en las iglesias. Le he seguido la pista como un asesino que quisiera matarle. Ha observado rigurosamente los puntos de la carta que dejé caer para burlarme a su costa. Sonríe descomponien-

(1) Alusión a los secuaces de Roberto Browne, célebre separatista de los tiempos de la reina Isabel, que en 1589 abandonó sus doctrinas e ingresó en el seno de la Iglesia.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

de sus facciones en mayor número de líneas de las que hay, en el nuevo mapamundi representando las Indias aumentadas. No habéis visto nada semejante. Me cuesta trabajo no arrojarle a la cabeza cuanto se halla al alcnce de mi mano. Mi ama le dará una paliza y él sonreirá aún, creyendo que es una muestra de amor.

SIR TOBÍAS.—Vamos, llévanos a donde está. *(Sale.)*

ESCENA III

Una calle

Entran ANTONIO *y* SEBASTIÁN

SEBASTIÁN. — Quisiera no haberos causado molestia alguna; pero ya que constituye un placer para vos el molestaros, no os reñiré.

ANTONIO. — No podía permanecer detrás de vos. Mi deseo, más agudo que el acero afilado, me empujaba adelante. No solamente anhelaba veros (lo cual me hubiera impulsado a emprender un más largo viaje), sino que estaba inquieto con el pensamiento de lo que podía aconteceros en la caminata. Estos países os son desconocidos, y para un extranjero sin guía, sin relaciones, son con frecuencia difíciles e inhospitalarios. Era, pues, un sentimiento de afección, mezclado con otro de amor, lo que me indujo a seguiros.

SEBASTIÁN. — Mi querido Antonio, no puedo responderos sino dándoos las gracias, las gracias todavía, las gracias siempre. Los servicios acostumbran pagarse con esta moneda que no corre. Si mi fortuna estuviera a la altura de mi reconocimento, me mostraría más generoso. ¿Qué haremos? ¿Queréis que visitemos los monumentos más notables de la ciudad?

ANTONIO.—Mañana. Lo mejor es buscar primero alojamiento para vos.

SEBASTIÁN.—No estoy fatigado y falta mucho para que se acerque la noche. Os suplico que satisfagamos nuestros ojos visitando los monumentos, las cosas curiosas que dan renombre a esta población.

ANTONIO.—Vos me perdonaréis; pero yo no puedo, sin peligro, pasearme por las calles. Una vez en un combate naval presté contra las galeras del duque algunos servicios bastante señalados para que me los recusen si me cogieran aquí.

SEBASTIÁN. — ¿Matasteis a muchos de sus vasallos?

ANTONIO.—La ofensa no es de naturaleza tan sangrienta, aunque las circunstancias y el motivo de la querella habrían podido envenenar las cosas. Me hubiera sido fácil arreglarlas restituyendo nuestro botín (lo que hacen muchos de nuestros conciudadanos en interés de su comercio), pero yo me abstuve. He aquí por qué, si fuese cogido aquí, me lo harían pagar caro.

SEBASTIÁN. — No os paseéis, pues, sin tomar vuestras precauciones.

ANTONIO. — Eso fuera correr riesgos. Tomad mi bolsa. Al sur de los arrabales, en la venta de El Elefante, hallaréis un buen albergue. Yo me ocuparé de la comida mientras vos matáis el tiempo y os instruís visitando la población.

SEBASTIÁN.—¿Por qué me dais vuestra bolsa?

ANTONIO.—Tal vez vuestros ojos se fijen en alguna baratija que tendréis envidia de adquirir, y supongo que no lleváis dinero para cosas inútiles.

SEBASTIÁN.—Seré vuestro guardabolsas, y os abandono por una hora.

ANTONIO.—En El Elefante.

SEBASTIÁN.—Lo recuerdo. *(Salen.)*

ESCENA IV

El jardín de Olivia

Entran OLIVIA *y* MARÍA

OLIVIA.—Le he enviado a buscar. Supongo que vendrá. ¿Cómo festejaría yo

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

su llegada? ¿Qué le ofrecería? Porque la juventud se compra más frecuentemente que se da o se presta. Levanto la voz demasiado. ¿Dónde está Malvolio? Es triste y solemne. Justamente el criado que me conviene en las circunstancias. ¿Dónde está Malvolio?

MARÍA.—Se acerca, señora; pero en las condiciones más estrafalarias. Seguramente es un poseso.

OLIVIA.—¿Qué le pasa? ¿Es que delira?

MARÍA.—No, señora; se contenta con sonreír. Vuestra señoría obraría cuerdamente haciéndole acompañar por alguna persona cuando venga. No hay duda de que su cerebro está enfermo

OLIVIA.—Anda a buscármele. *(Sale* MARÍA.) Estoy tan loca como él, si la locura alegre y la triste tienen la misma importancia.

Vuelve a entrar MARÍA *con* MALVOLIO

¡Hola, Malvolio!

MALVOLIO.—¡Suave dama! ¡Ah! ¡Ah!

OLIVIA.—¿Sonríes? He enviado a buscarte en una circunstancia triste.

MALVOLIO.—¿Triste, señora? También yo podría estar triste. Estas jarreteras cruzadas detienen voluntariamente la circulación de la sangre. Pero ¿qué importa? Si ellas agradan a los ojos de ciertas personas puedo decir como en aquel soneto: «Agradar a una es agradar a todos.»

OLIVIA.—¿Cómo te sientes? ¿Qué te ocurre?

MALVOLIO.—No tengo negra el alma, aunque lleve amarillas las piernas. La carta llegó a su dirección y serán ejecutadas sus instrucciones. Hemos reconocido la dulce mano romana.

OLIVIA.—¿Quieres irte al lecho. Malvolio?

MALVOLIO.—¿Al lecho? Sí, corazón mío; al lecho contigo.

OLIVIA.—¡Ayúdete Dios! ¿Por qué sonríes así? ¿Por qué bajas con tanta frecuencia la mano?

MARÍA.—¿Cómo va eso, Malvolio?

MALVOLIO.—¿Queréis una contestación? ¿Responden los ruiseñores a las cornejas?

MARÍA.—¿Por qué os presentáis con esa ridícula impertinencia ante la señora?

MALVOLIO.—«No te asustes de mi grandeza.» Así estaba escrito con todas sus letras.

OLIVIA.—¿Qué entiendes por eso, Malvolio?

MALVOLIO.—«Unos nacen grandes...»

OLIVIA.—¿Eh?

MALVOLIO.—«Otros adquieren la grandeza.»

OLIVIA.—¿Qué dices?

MALVOLIO.—«Y otros, en fin, tienen la grandeza suspendida sobre sí.»

OLIVIA.—¡Que el Cielo te cure!

MALVOLIO.—«Acuérdate de quien alababa tus medias amarillas...»

OLIVIA.—¿Tus medias amarillas?

MALVOLIO.—«Y anhelaba verte adornado de jarreteras cruzadas.»

OLIVIA.—¿De jarreteras cruzadas?

MALVOLIO.—«Anda. Ya eres algo, si quieres serlo.»

OLIVIA.—¡Que ya es algo!

MALVOLIO.—«Si no, te consideraré todavía como un intendente.»

OLIVIA.—Es la verdadera locura del medioverano.

Entra un SERVIDOR

SERVIDOR.—Señora, el joven paje del duque Orsino está de vuelta. No sin trabajo le he hecho entrar. Aguarda el permiso de vuestra señoría.

OLIVIA.—*Salgo a su encuentro. (Sale el* SERVIDOR.) Mi querida María, que se vigile a ese camarada. ¿Dónde está mi pariente Tobías? Que mi servidumbre tenga de él un cuidado especial. No quisiera, por la mitad de mis posesiones, que le ocurriera una desgracia. *(Salen* OLIVIA *y* MARÍA.)

MALVOLIO.—¡Oh! ¡Oh! ¡Compararos conmigo ahora! No soy menos que To-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

bias, para que se tenga cuidado conmigo. Esto confirma directamente la carta. Ella le envía expresamente para que le trate con insolencia como se incita a llevarlo a cabo en su carta. «¡Cambia de piel—dice—. Muéstrate hostil con cierto pariente. Sé intratable con los criados... Que tu lengua no exprese sino palabras graves... Afecta la originalidad.» Consiguientemente, me indica la manera de comportarme: un rostro triste, una apostura grave, la palabra imponente, a semejanza de un señor de importancia, y así lo demás. Está presa en mis redes. ¡Pero es obra de Júpiter y le debo las gracias! ¡Y cuando partió! «Que se vigile a ese camarada.» ¡Camarada! ¡Ya no soy Malvolio, ya no soy el intendente; soy su camarada! Todo va enlazado. Ni un átomo de escrúpulo ni un escrúpulo de escrúpulo, ni un obstáculo, ni una circunstancia que permita la menor duda. ¿Qué puede decirse a esto? Nada posible que sea capaz de interponerse entre mí y el entero cumplimeinto de mis esperanzas. No, Júpiter; no soy yo quien ha realizado todo esto; eres tú, y te doy las gracias.

Vuelve a entrar MARÍA *con* SIR TOBÍAS BELCH *y* FABIÁN

SIR TOBÍAS.—En nombre del Cielo, ¿qué camino ha tomado? He de hablarle aunque todos los diablos del infierno y la misma legión le poseyeran.

FABIÁN.—¡Miradle, miradle! ¿Cómo os va, señor? ¿Cómo va eso, hombre?

MALVOLIO.—¡Atrás! ¡Os desprecio! Dejadme gozar de mi soledad. ¡Fuera!

MARÍA.—¡Cómo habla en él el demonio con voz cavernosa! ¿No os lo había dicho? Sir Tobías, mi señora os suplica que tengáis cuidado de él.

MALVOLIO.—¡Ah! ¡Ah! ¿Ha dicho eso?

SIR TOBÍAS.—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Calma! ¡Calma! Conviene atraerle con dulzura. Apartaos. ¿Cómo va eso, Malvolio? ¿Cómo os halláis? Vamos, camarada! ¡Expulsa el diablo! ¡Considera que es el enemigo de la Humanidad!

MALVOLIO.—¿Sabéis lo que os decís?

MARÍA.—¿Veis como cuando habláis mal del diablo parece enfadarse? ¡Quiera Dios que no esté embrujado!

FABIÁN.—Es preciso llevar su orina a que la examine la comadrona.

MARÍA.—Lo haré mañana por la mañana, si me hallo con vida. La señora no quisiera perderle por nada del mundo.

MALVOLIO.—¿Qué decís?

MARÍA.—¡Oh Dios!

SIR TOBÍAS.—Te lo suplico, tranquilízate. Ese no es el modo de curarle. ¿No veis que le emocionáis? Dejadme solo con él.

FABIÁN.—El único medio es la dulzura. Tratadle gentilmente, gentilmente. El diablo es brutal, y no quiere que se obre brutalmente con él.

SIR TOBÍAS.—¡Hola, mi chisgarabís! ¿Cómo va eso, palomito?

MALVOLIO.—¡Señor!

SIR TOBÍAS.—Ven conmigo, Biddy. ¡Vamos, amigo! No sienta bien a tu gravedad jugar al *Cherry-pit* con Satanás ¡Ahorcad a ese terrible carbonero!

MARÍA.—Hacedle que recite sus oraciones. Bondadoso sir Tobías, exigidle que rece.

MALVOLIO.—¿Que recite mis oraciones. bellaco?

MARÍA.—No; os lo garantizo, no quiere oír hablar de religión.

MALVOLIO.—¡Idos a la horca todos! ¡Sois seres superficiales! No soy de vuestro elemento. ¡Ya sabréis más en seguida! *(Sale.)*

SIR TOBÍAS.—¿Es posible?

FABIÁN.—¡Si se representase esto en un teatro, condenaría la pieza como improbable ficción!

SIR TOBÍAS.—Nuestra burla le ha infectado hasta lo más recóndito de su ser

MARÍA.—Sigámosle la pista, no sea que nuestra estratagema se divulgue y se eche a perder.

FABIÁN.—Acabaremos verdaderamente por volverle loco.

MARÍA.—Quedaría más tranquila con ello la casa.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SIR TOBÍAS.—Venid, vamos a encerrarle en un cuarto oscuro, y allí le atareamos. Mi sobrina se ha convencido ya de que está loco. Podemos, pues, encerrarle para diversión nuestra y castigo suyo hasta que, terminada la burla, juzguemos conviene compadecernos de él. Entonces haremos comparecer la malicia a la barra y te proclamaremos la reina de los árbitros de los locos. Pero ¡mirad, mirad!

Entra SIR ANDRÉS AGUECHEEK

FABIÁN.—¡Todavía una diversión para el primero de mayo!

SIR ANDRÉS.—Ved aquí el cartel. Leedlo. Os garantizo que va avinagrado y salpimentado.

FABIÁN.—¿Tan picante es?

SIR ANDRÉS.—Lo es; puedo afirmarlo. Leed.

SIR TOBÍAS. — Dámelo. *(Leyéndolo.)* «Joven, quienquiera que seas, no eres más que un estúpido miserable.»

FABIÁN.—Esto está bien y dicho con valentía.

SIR TOBÍAS.—«No te asombres ni te preguntes por qué te llamo así, pues no te diré la razón.»

FABIÁN.—Hábil precaución. Eso os pone fuera del alcance de la ley.

SIR TOBÍAS.—«Frecuentas la casa de ladi Olivia, y en presencia mía te trata con afecto. Mientes por la gola, aunque no es por esto por lo que te lanzo un desafío.»

FABIÁN.—He aquí lo que es brevedad y pérdida absoluta del buen sentido.

SIR TOBÍAS.—«Te armaré una emboscada cuando vuelvas. Si por casualidad me matas...»

FABIÁN.—Perfecto.

SIR TOBÍAS.—«Me matarás como un miserable y un villano.»

FABIÁN. — Continuáis sustrayéndoos a la ley; bien.

SIR TOBÍAS. — «Llévate bien... ¡Que Dios tenga piedad de nuestras almas! El puede tener piedad de la mía. Pero mi esperanza es mejor. Así, guárdate de mí. Tu amigo, según la manera de tratarme, y tu enemigo jurado, *Andrés Aguecheek.*» Si esta carta no le pone en movimiento, es que él no marcha bien sobre piernas. Yo se la remitiré.

MARÍA.—La ocasión es favorable. Precisamente se halla de conversación con mi señora y partirá en seguida.

SIR TOBÍAS.—Anda, sir Andrés, a su descubierta y apóstate a un extremo del jardín, como un corchete. Tan pronto como lo veas, desenvaina, y al desenvainar jura abominablemente, pues acontece con frecuencia que un juramento terrible, con un acento fanfarrón, en tono de trueno, hace creer más en la bravura de un hombre que si hubiese dado de la misma grandes pruebas. ¡Adelante!

SIR ANDRÉS.—¡Nadie jura como yo! *(Sale.)*

SIR TOBÍAS.—No, no le remitiré esta carta. La conducta de ese joven demuestra su capacidad y su buena educación. el modo de servirse de intermediarios entre su señor y mi sobrina es una prueba absoluta. Por otra parte, esta carta, reveladora de una incontestable ignorancia, no le producirá temor alguno y advertiría al punto que está escrita por un zopenco. En desquite, transmitiré el cartel de viva voz. Haré del valor de Aguecheek tal elogio, que inspiraré al joven (que, dada su juventud, me creerá) una espantable idea de la rabia del susodicho Aguecheek, de su destreza, de su furia y de su impetuosidad. De suerte que se temerán de tal manera el uno al otro, que se matarán mutuamente con la mirada, como los basiliscos.

FABIÁN. — Con vuestra sobrina viene. Dejadlos juntos hasta que se despidan, y luego le seguís.

SIR TOBÍAS.—En tanto, meditaré alguna redacción horrible para el desafío. *(Salen* SIR TOBÍAS, FABIÁN *y* MARÍA.)

Vuelve a entrar OLIVIA *con* VIOLA

OLIVIA.—Ya he dicho demasiado a un corazón de piedra, y ya he expuesto de-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

masiado benévolamente mi honor. Hay algo en mí que me reprocha mi falta; pero es tan poderosa y pertinaz, que desafía a la mofa.

VIOLA.—Los sufrimientos de mi amo provienen de un amor tan infranqueable...

OLIVIA.—Llevad ese medallón en recuerdo mío. Encierra mi retrato. No le rechacéis, pues carece de lengua para importunaros. Os lo suplico, volved mañana. ¿Qué podríais mandar que yo no os concediese, mientras mi honor permaneciera a salvo?

VIOLA.—Yo no pido más que una cosa: que améis a mi señor.

OLIVIA.—¿Cómo, sin comprometer mi honor, podría ofrecerle lo que os he entregado ya?

VIOLA.—Yo os absolveré.

OLIVIA.—Vuelve mañana. Adiós. ¡Un diablo como tú acabaría por llevar mi alma al infierno! *(Sale.)*

Vuelven a entrar SIR TOBÍAS BELCH *y* FABIÁN

SIR TOBÍAS.—Dios te guarde, hidalgo.

VIOLA.—Y a vos también, señor.

SIR TOBÍAS.—Defiéndete lo mejor que puedas. Ignoro de qué naturaleza son los males que has causado; pero tu enemigo, lleno de resentimiento, ávido de sangre como un cazador, te aguarda al extremo del jardín. Tira de la espada, tente en guardia; tu asaltante es pronto, discreto y mortal.

VIOLA.—Os engañáis, señor. Estoy seguro de no haber recibido cartel de ningún hombre. Lo recuerdo perfectamente, y, sin disputa, no haber ofendido a nadie.

SIR TOBÍAS.—Distinguiréis al adversario, estad seguro. Si en algo tenéis vuestra vida, manteneos en guardia, porque vuestro contrario posee a la vez la juventud, la destreza y el furor.

VIOLA.—Decidme quién es, os ruego.

SIR TOBÍAS.—Un caballero cuya espada no tiene mella, una reputación de tapiz. Mas un diablo en la querella privada. Ha separado ya tres almas de tres cuerpos, y, cuando se bate, su cólera es implacable a un extremo tal, que no se queda satisfecho sino por las ansias de la muerte y del sepulcro. «A todo azar» es su divisa. Dar o recibir.

VIOLA.—Voy a entrar en esta casa y a preguntar a su dueña la conducta que debo seguir. Yo no soy un duelista. He oído hablar de una categoría de gentes que buscan voluntariamente querella a los demás para probar su valor. Quizá se trate de un hombre de este jaez.

SIR TOBÍAS.—No, señor. Su indignación proviene de una ofensa indiscutible. Preparaos, pues, a satisfacer su deseo. Y no volváis a la casa, a no ser que os resolváis a hacer conmigo lo que tendréis que hacer con él. Así, pues, o metéis mano a la espada, pues es preciso que os batáis a toda costa, o renunciad a llevar un arma.

VIOLA.—Modales son ésos tan desacostumbrados como extraños. Yo os ruego que me hagáis el amable obsequio de preguntar a ese caballero en qué he podido ofenderle. En todo caso, sería un error de parte mía, más bien que un acto voluntario.

SIR TOBÍAS.—Corriente en ello. Signior Fabián, permaneced junto a este caballero hasta mi retorno. *(Sale.)*

VIOLA.—Os suplico, señor, ¿sabéis de qué se trata?

FABIÁN.—Sé que el caballero está furioso contra vos, hasta desear un duelo a muerte. Cuanto al motivo, lo ignoro.

VIOLA.—Por favor, ¿qué clase de hombre es?

FABIÁN.—A juzgar por su exterior, no hallaréis en él nada de extraordinario, sino cuando sometáis su valor a prueba. A decir verdad, señor, es el adversario más hábil, más sediento de sangre, más fatal que podríais encontrar en toda Iliria. ¿Queréis ir a su encuentro? Yo intentaré reconciliaros.

VIOLA.—Os lo agradeceré mucho. Por lo que a mí toca, antes haría frente a

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

un cura que a un guerrero, pues no aprecio demasiado la fama de valeroso. *(Salen.)*

Vuelve a entrar SIR TOBÍAS *con* SIR ANDRÉS

SIR TOBÍAS.—¡Es un verdadero diablo! En mi vida he visto un mozo tan terrible. He hecho un pase con él, con la espada envainada, y me ha dado tal golpe, un golpe tan mortal, que no había quite posible. Lo estocada que os dé, aunque paréis, será tan infalible como infalible es que vuestros pies tocan ahora la tierra que pisan. Se diría que ha sido el maestro de armas del Sofí.

SIR ANDRÉS.—¡La peste con él! No quiero batirme con semejante hombre.

SIR TOBÍAS.—Pues nada lo calmará. A duras penas ha podido Fabián retenerle.

SIR ANDRÉS.—¡La peste sea de él! De haber sabido que tenía tanto valor y que tan diestro era en la esgrima, hubiera preferido ver al diablo antes que enviarle el cartel de desafío. Decidle que se queden ahí las cosas, que yo le daré mi caballo bayo *Capuleto* para que desista.

SIR TOBÍAS.—Voy a intentarlo. Esperad aquí y tened presencia de ánimo. Todo esto acabará sin pérdida de almas. *(Aparte.)* A fe que manejará vuestro caballo como os manejo a vos.

Vuelve a entrar FABIÁN *y* VIOLA

(A FABIÁN.*)* Tengo su caballo para aplacar la querella. Le he persuadido de que nuestro joven era un demonio.

FABIÁN.—Pues éste tiene una idea espantosa de su enemigo. Está jadeante y pálido como si tuviera un oso en los talones.

SIR TOBÍAS.—No hay remedio, señor. Quiere batirse con vos para cumplir su juramento. Pero ha reflexionado sobre el motivo de la querella y conviene en que apenas merece que se hable de ella. En consecuencia, desenvainad vuestra espada únicamente para que él no falte a su juramento. Afirma que no os herirá.

VIOLA.—*(Aparte.)* ¡Que Dios me proteja! A poco más le digo cuánto me falta para ser hombre.

FABIÁN.—Retroceded si le veis furioso.

SIR TOBÍAS.—Vamos, sir Andrés; no hay remedio. Ese hidalgo, para salvaguardia de su honor, quiere a todo trance un asalto con vos. Las leyes del duelo le eximen de obrar de otra manera; pero me ha prometido, bajo su palabra de caballero y de soldado, no heriros. Vamos. ¡En guardia!

SIR ANDRÉS.—¡Dios quiera que cumpla su promesa! *(Desenvaina.)*

VIOLA.—Os aseguro que es contra mi voluntad. *(Desenvaina.)*

Entra ANTONIO

ANTONIO.—¡Envainad las espadas! Si ese caballero ha cometido alguna ofensa, yo cargo con su falta. *(Desenvainando.)* Si sois vos quien le ha provocado, os desafío a mi vez.

SIR TOBÍAS.—¡Vos, señor! Y ¿quién sois vos?

ANTONIO.—Uno que, por el afecto que profesa a éste, se atreverá a hacer más de lo que acaba de decir.

SIR TOBÍAS.—¡Si os encargáis de las querellas de otros, soy vuestro hombre! *(Desenvaina.)*

FABIÁN.—¡Oh bondadoso sir Tobías! ¡Teneos! ¡Llegan los guardias!

SIR TOBÍAS.—En seguida estaré a vuestra disposición.

VIOLA.—*(A* SIR ANDRÉS.*)* Señor, tened a bien, si os place, envainar la espada.

SIR ANDRÉS.—A fe que sí, señor; y en cuanto a lo que os he prometido, contad con mi palabra. Os llevará fácilmente y es fácil de conducir.

Entran dos Guardias

GUARDIA 1.º—Este es el individuo. Haz tu deber.

GUARDIA 2.º—Antonio, te arresto, en nombre del duque Orsino.

ANTONIO.—Me tomáis por otro, señor.

GUARDIA 1.º—No, señor; no hay equi-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

vocación. Conozco vuestra fisonomía, aunque no llevéis vuestro gorro de marino sobre la cabeza. Condúcele; sabe perfectamente que le conozco.

ANTONIO.—Debo obedecer... *(A* VIOLA.) Esto me sucede por buscaros; pero nada hay que hacer ya. Tanto peor para mí. ¿Qué será de vos? Ahora la necesidad me obliga a reclamaros mi bolsa. No me aflige tanto esta desgracia como la imposibilidad en que me veré de seros útil en adelante. Parecéis asombrado. Cobrad valor.

GUARDIA 2.º — Vamos, señor, en marcha.

ANTONIO.—Me veo en la precisión de reclamaros el dinero.

VIOLA.—¿Qué dinero, señor? Considerando el interés que por mí habéis manifestado, así como la parte que tomo en vuestra desgracia, consiento, de mis modestos ahorros, en prestaros alguna cosa. Llevo muy poco encima y lo compartiré con vos. He aquí la mitad de mi dinero.

ANTONIO. — ¿Queréis negar ahora que me conocéis? ¿Es posible que mi abnegación por vos tenga semejante desagradecimiento? No insultéis a mi miseria, no sea que haga de mí un hombre tan inconsciente de sí propio que os eche en cara los servicios prestados.

VIOLA.—No sé de ninguno, ni conozco vuestra voz ni vuestra cara. Detesto más la ingratitud de un hombre que la mentira, la presunción, la jactancia, la embriaguez o cualquier otro vicio cuya corrupción reside en nuestra débil sangre.

ANTONIO.—¡Oh! ¡Por los mismos cielos!

GUARDIA 2.º — Vamos, señor, partamos, os suplico.

ANTONIO.—Una palabra tan sólo. A este joven que veis aquí le he arrancado yo de las mandíbulas de la muerte, que le había ya medio devorado. Le he socorrido con una verdadera santidad de amor, y por su imagen, que parecía anunciar el más glorioso mérito, tenía hasta devoción.

GUARDIA 1.º—¿Qué nos importa eso? El tiempo pasa. Partamos.

ANTONIO.—¡Oh! ¡Qué ídolo vil ocultaba este dios! ¡Sebastián, has cometido una vergüenza desmintiendo tu bella fisonomía ¡No hay otra fealdad en la Naturaleza que la del alma! Unicamente el malvado es deforme. La virtud es la hermosura. Pero una belleza inmoral es semejante a un cofre vacío ornamentado por el demonio.

GUARDIA 1.º—Este hombre empieza a perder el juicio. Llevémosle. Vamos, vamos, señor.

ANTONIO. — ¡Llevadme! *(Salen los Guardias con* ANTONIO.)

VIOLA.—Sus palabras tienen un acento de verdad, una pasión tal, que parece convencido. Yo lo estoy también. ¡Realízate, ilusión! ¡Oh querido hermano! ¡Ojalá se me haya tomado por vos!

SIR TOBÍAS.—Partamos, caballero. Partamos, Fabián. Cuchichearemos por el camino un par de buenas sentencias.

VIOLA. — ¡Han nombrado a Sebastián! Veo revivir a mi hermano cada vez que me miro al espejo. Veo, tal como era su rostro. Llevaba mis mismos vestidos, le gustaban los mismos colores, los mismos adornos, pues en todo le imito. ¡Oh, si es verdad lo que presiento! ¡Las tempestades son condescendientes y las ondas saladas saben amar! *(Sale.)*

SIR TOBÍAS. — He aquí un bellaco de paje verdaderamente ruin y más cobarde que una liebre. Su ruindad se echa de ver al abandonar a un amigo en la desgracia y de la manera que le ha pagado. Cuanto a su cobardía, apelo a Fabián.

FABIÁN. — Un cobarde, un cobarde rematado, religioso en su cobardía.

SIR ANDRÉS.—Caramba, me dan ideas de correr tras él y obligarle a batirse.

SIR TOBÍAS.—Anda y zúrrale de lo lindo, pero sin desenvainar tu espada.

SIR ANDRÉS.—Si yo no lo hago... *(Sale.)*

FABIÁN.—Vamos a ver qué pasa.

SIR TOBÍAS.—Apostaría el dinero que fuese a que tampoco pasa nada. *(Salen.)*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

Calle al lado de la casa de Olivia

Entran SEBASTIÁN *y el* BUFÓN

BUFÓN.—¿Queréis hacerme creer que no me han enviado a buscaros?

SEBASTIÁN.—Anda, anda, eres un tontimeco. Líbrame de tu persona.

BUFÓN.—¡Vaya una contestación, a fe! No, no os conozco. No; no he sido enviado a vuestra casa por mi señora para deciros que vengáis a hablarme. No, no sois maese Cesario, ni esta nariz tampoco es mía. ¡Nada de lo que es, es!

SEBASTIÁN.—Por favor, marcha a exhalar a otra parte tu locura. No me conoces.

BUFÓN.—¡Exhalar mi locura! Ha oído pronunciar esas palabras por cierto personaje de cuenta, y ahora las encaja a un bufón. ¡Exhalar mi locura! Recelo que el mundo, este inmenso papanatas, no sea un imbécil. Ruégote ahora que renuncies a tus maneras extravagantes y me digas qué debo exhalar a mi dama. ¿Debo exhalarle que vienes?

SEBASTIÁN.—Suplícote, griego absurdo, que te marches. Toma para ti ese dinero. Si te tardas más tiempo, voy a pagarte en peor moneda.

BUFÓN.—Por mi fe, que tienes la mano generosa. Estos hombres razonables que dan dinero a los locos se aseguran una buena reputación por arriendo de catorce años.

Entra SIR ANDRÉS

SIR ANDRÉS.—Al fin, señor, vuelvo a encontraros. Tomad eso para vos. *(Golpea a* SEBASTIÁN.)

SEBASTIÁN.—Pues ¡toma esto para ti! ¡Y esto, y esto, y esto! *(Abofeteando a* SIR ANDRÉS.)

Entran SIR TOBÍAS *y* FABIÁN

SIR TOBÍAS.—Deteneos, señor, o arrojo vuestra daga por encima de la casa.

BUFÓN.—Voy a decírselo a mi señora. No quisiera estar en vuestros trajes por dos peniques. *(Sale.)*

SIR TOBÍAS.—*(Reteniendo a* SEBASTIÁN.) ¡Ea, señor, reportaos!

SIR ANDRÉS.—Dejadle solo; yo lo hallaré en otro sitio. Entablaré contra él causa criminal por vías de hecho, si hay leyes en Iliria. Aunque le haya golpeado el primero, nada importa, no obstante.

SEBASTIÁN.—¡Soltadme!

SIR TOBÍAS.—No, señor, no os soltaré. Vamos, mi joven soldado, volved a envainar vuestro acero. Veo que sois decidido. ¡Vamos!

SEBASTIÁN.—¡Me desembarazaré de ti! ¿Qué deseas ahora? *(Desenvainando.)* ¡Si te atreves a provocarme otra vez, tira de espada!

SIR TOBÍAS.—¡Cómo! ¡Cómo! Será preciso entonces que os saque una onza o dos de vuestra sangre impertinente! *(Desenvaina.)*

Entra OLIVIA

OLIVIA.—¡Detente, Tobías! ¡Por tu vida te lo mando! ¡Detente!

SIR TOBÍAS.—¡Señora!

OLIVIA.—¿Habéis de ser el mismo siempre? ¡Grosero incorregible! Nacido para las montañas o las cavernas bárbaras, donde no se recomendaron nunca los buenos modales. ¡Fuera de mi vista! No os ofendáis, querido Cesario... ¡Vete, patán!... *(Salen* SIR TOBÍAS, SIR ANDRÉS *y*

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

FABIÁN.) Te ruego, dulce amigo, que te guíe tu noble corazón y no la cólera en lo tocante a esta violencia incivil e injusta contra la tranquilidad. Ven conmigo a casa. Te contaré todas las descortesías que ha cometido ese rufián, y sonreirás a ellas. Nada mejor podrás hacer que venir. No digas que no. Maldito quien ha espantado mi pobre corazón por causa tuya.

SEBASTIÁN.—¿Qué debo pensar de esto? ¿Hacia dónde va la corriente? ¡O estoy loco, o todo es un sueño!... ¡Que la ilusión sumerja todavía mis sentidos en el Leteo! ¡Si es un sueño, quiero dormir siempre!

OLIVIA.—Ven, por favor. Déjate guiar por mí.

SEBASTIÁN.—Con mucho gusto, señora.

OLIVIA.—¡Oh!... ¡Dilo y que sea así! *(Salen.)*

ESCENA II

Aposento en la casa de Olivia

Entran MARÍA *y el* BUFÓN; MALVOLIO, *en una habitación oscura inmediata*

MARÍA.—Te ruego que te pongas este vestido y esta sotana y le hagas creer que eres sir Topas (1), el cura. Date prisa. Voy en tanto a llamar a sir Tobías. *(Sale.)*

BUFÓN.—Bien; voy a ponerme esta sotana y a disfrazarme; y quisiera haber sido el primero que se disimuló con tales vestiduras. No soy ni bastante gordo para llenar a satisfacción mi cometido, ni bastante flaco para que se me repute por estudioso; pero tanto vale ser un hombre honrado y un buen mensajero como un hombre imponente y un clérigo ilustre. He aquí que llegan los cómplices.

Entran SIR TOBÍAS *y* MARÍA

SIR TOBÍAS.—Dios te bendiga, maese cura.

(1) Shakespeare ha tomado de Chaucer el nombre de este personaje.

BUFÓN.—*Bonos dies*, sir Tobías. Porque así como el viejo ermitaño de Praga no había visto jamás ni pluma ni tinta y decía muy sabiamente a la sobrina del rey Gorbodue: «Lo que es, es», así yo, en calidad de maese cura, soy maese cura. En efecto, ¿qué es esto, sino esto, y qué es lo que es, sino lo que es?

SIR TOBÍAS.—¡A él, sir Topas!

BUFÓN.—¡Hola, digo! ¡La paz sea en esta cárcel!

SIR TOBÍAS.—El tunante imita a la perfección. Un excelente tunante.

MALVOLIO. — *(Dentro.)* ¿Quién llama ahí?

BUFÓN.—¡Sir Topas, el cura, que viene a visitar a Malvolio, el loco.

MALVOLIO.—¡Sir Topas, sir Topas, excelente sir Topas; id a buscar a mi ama!

BUFÓN. — ¡Atrás, hiperbólico diablo! ¿Por qué haces sufrir a ese hombre? ¿No sabes hablar más que de mujeres?

SIR TOBÍAS.—¡Bien dicho, maese cura!

MALVOLIO.—*(Dentro.)* Sir Topas, jamás hombre alguno ha sido tan ultrajado Buen sir Topas, no creo que estoy loco ¡Me han sumido aquí en espantosas tinieblas!

BUFÓN.—¡Huye, deshonesto Satán! Te califico con los más benignos términos porque pertenezco a la categoría de las gentes bien educadas, que son corteses con el mismo diablo. ¿Dices que tu habitación es tenebrosa?

MALVOLIO. — ¡Como el infierno, sir Topas!

BUFÓN. — ¡Cómo! Tiene huecos tan transparentes como los enrejados, y del lado Norte-Sur las aberturas son tan relucientes como el ébano. ¡Y te quejas de estar encerrado!

MALVOLIO.—Yo no estoy loco, sir Topas Yo os digo que esta casa es oscura.

BUFÓN.—¡Insensato! No sabes lo que dices. Ahí no hay otra oscuridad sino la de tu ignorancia, en la cual has caído como los egipcios en su niebla.

MALVOLIO.—Digo que esta casa es tan oscura como la ignorancia, así fuera la ignorancia tan sombría como el infierno

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

Y digo aún que nunca se han burlado tanto de un hombre. No soy más loco que vosotros. Haced la experiencia sometiéndome a una pregunta sensata.

BUFÓN.—¿Cuál es la opinión de Pitágoras sobre la especie volátil?

MALVOLIO.—Que el alma de nuestro abuelo podría tal vez alojarse en el cuerpo de un ave.

BUFÓN.—¿Qué piensas tú de su opinión?

MALVOLIO.—Tengo del alma una idea noble, y desapruebo su opinión.

BUFÓN.—Adiós. Permanece aún en la oscuridad. Cuando sostengas la opinión de Pitágoras, reconoceré que gozas de sensatez, así como cuando te abstengas de matar una chocha de miedo de despojar el alma de tu abuela. Adiós.

MALVOLIO.—¡Sir Topas! ¡Sir Topas!

SIR TOBÍAS.—¡Exquisito sir Topas!

BUFÓN.—Puedo nadar en todas las aguas.

MARÍA.—Era inútil ponerte una sotana y una barba si no había de verte él.

SIR TOBÍAS.—Háblale con tu voz natural y vuelve a darme cuenta del estado en que le halles. Quisiera que con ello fuera fin esta broma. Si puede libertársele sin inconveniente, preferiría que lo libertásemos, porque estoy ahora tan desvanecido con mi sobrina, que sería imprudente en mí llevar este entretenimiento hasta su fin. Ven en seguida a mi cuarto. *(Salen* SIR TOBÍAS *y* MARÍA.)

BUFÓN.—*(Cantando.)*

¡Ay Robin, bonito Robin.
cuéntame cómo sigue tu dama!

MALVOLIO.—¡Bufón!

BUFÓN.

Pardiez!, que mi alma se desnaturalizó.

MALVOLIO.—¡Bufón!

BUFÓN.

¡Ay! ¿Por qué es ella así?

MALVOLIO.—¡Bufón, digo!

BUFÓN.

Ella ama a otro.

¿Quién llama?

MALVOLIO.—Querido bufón, si quieres obligarme, dame una candela, tinta y papel. Tan verdad como soy caballero, que te estaré toda la vida agradecido.

BUFÓN.—¡Maese Malvolio!

MALVOLIO.—El mismo, bondadoso bufón.

BUFÓN.—¡Ay señor! ¿Cómo habéis perdido vuestros cinco espíritus?

MALVOLIO.—Jamás se ha tratado así a un hombre. Gozo de mis cinco espíritus, bufón, como tú de los tuyos.

BUFÓN.—¿De veras? Entonces, estáis decididamente loco, ya que no tenéis más espíritu que un bufón.

MALVOLIO.—Se han apoderado de mí, me han hundido en las tinieblas, me han enviado curas, verdaderos asnos, y han hecho cuanto ha estado de su parte para que pierda el juicio.

BUFÓN.—Poned cuidado en lo que decís. El cura está aquí. ¡Malvolio, Malvolio, que el Cielo te devuelva el buen sentido! Te aconsejo que duermas y renuncies a tus vanos propósitos.

MALVOLIO.—¡Sir Topas!

BUFÓN.—No le contestéis, camarada (1). ¿Quién, yo, señor?... No, señor... Dios os proteja, buen sir Topas... A fe que sí, amén... Lo deseo, señor, lo deseo.

MALVOLIO.—¡Bufón, bufón, bufón, digo!

BUFÓN.—¡Ay señor, tranquilizaos!... ¿Qué decís? Se me riñe por hablaros.

MALVOLIO.—Querido bufón, tráeme luz y papel. Te repito que estoy en posesión de mis espíritus como cualquier hombre de Iliria.

BUFÓN.—Desgraciadamente, no, señor.

MALVOLIO.—¡Por esta mano, que sí! Querido bufón, dame tinta, papel y luz. Así transmitirás a mi señora lo que le

(1) El bufón simula un diálogo, cambiando alternativamente la voz, entre él y el imaginario sir Topas.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

escriba. El porte de esta carta te producirá más que el de ninguna otra.

BUFÓN.—Voy a ayudaros. Pero decidme la verdad. ¿De veras no estáis loco?

MALVOLIO.—Créeme, no estoy loco. Yo no miento.

BUFÓN.—No creeré nunca a un loco mientras no haya examinado su cerebro.

MALVOLIO.—Bufón, yo te recompensaré con largueza. Anda, por favor.

BUFÓN.

Parto, señor,
y en seguida, señor,
estaré nuevamente a vuestro lado,
en un abrir y cerrar de ojos,
como el antiguo Vicio,
para proveer a vuestras necesidades.
El Vicio, que con su puñal de madera,
en su cólera y en su furor,
grita: «¡Ah, ah, al diablo!»,
como un niño loco.
Roe tus uñas, papa.
Adiós pobre enfermo (1).

ESCENA III

Jardín de Olivia

Entra SEBASTIÁN

SEBASTIÁN.—¡Esto es aire! ¡Esto es radiante sol! La perla que ella me ha entregado la toco y la veo; y aunque es asombroso lo que me sucede, esto no es locura. ¿Dónde estará Antonio? No le he hallado en El Elefante. Sin embargo, ha estado allí, y me han dicho que salió a recorrer la ciudad en busca mía. Sus consejos serían oro ahora. Aunque mi inteligencia y mis sentidos convengan en que hay aquí algún error, yo no estoy loco. A pesar de todo, este acontecimiento, este concurso de circunstancias rebasa de tal modo toda suposición, todo razonamiento, que por poco desafiaría a mis ojos y buscaría querella a mi razón, la cual no me deja otro recurso que admitir que estoy loco o que esa dama está loca. Si así fuera, ella no podría ocuparse de su casa, mandar a sus criados, despachar sus ocupaciones callada, discreta, sabiamente, como la he visto hacerlo. En todo caso, hay alguna confusión. Aquí llega la dama.

Entran OLIVIA *y un* SACERDOTE

OLIVIA.—No me censuréis por esta precipitación. Si vuestras intenciones son buenas, venid conmigo y este santo varón a la capilla (1). Allí, ante él, bajo el techo consagrado, comprometed vuestra fe, a fin de que mi corazón, celoso y no del todo confiado, pueda quedar en paz. El sacerdote ocultará nuestra unión hasta que consintáis en que se haga pública. Entonces daremos a la celebración el esplendor que conviene a mi nacimiento. ¿Qué contestáis?

SEBASTIÁN.—Yo os seguiré a vos y a este santo varón; y pronunciado que sea el juramento de fidelidad, permaneceré fiel eternamente.

OLIVIA.—Mostradnos el camino, buen padre. Que los cielos resplandezcan y señalen brillantemente la acción que lleva a cabo. *(Salen.)*

(1) En el texto: *Adieu, boodman drivel.* Los comentaristas recomiendan leer *goodmean-evil*, con buen acuerdo, que es lo que significa *Malvolio* traducido al inglés.

(1) *Into the chantry by*, en el original una capilla reducida, uno de los altares particulares, en alguna catedral o iglesia parroquial en los que se solía, y aún se suele, decir misa en memoria de sus fundadores.
Tal es el sentido del vocablo *Chantry*, al decir del *Law Dictionary*, de Cowel.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

ACTO QUINTO

ESCENA UNICA

La calle frente a la casa de Olivia

Entran el BUFÓN *y* FABIÁN

FABIÁN.—Si me estimas, enséñame tu carta.

BUFÓN. — Bondadoso maese Fabián, gratificadme con otra petición.

FABIÁN.—Con la que quieras.

BUFÓN.—No mostréis deseo por ver esa carta.

FABIÁN.—Es como si, después de haberte dado mi perro, te lo pidiera en recompensa.

Entran el DUQUE, VIOLA *y personas del séquito*

DUQUE. — ¿Pertenecéis a ladi Olivia, amigos?

BUFÓN.—Sí, señor; somos adornos suyos.

DUQUE. — Te conozco. ¿Cómo te va, buen camarada?

BUFÓN. — Para hablar francamente, muy bien para mis adversarios y muy mal para mis amigos.

DUQUE. — Querrás decir lo contrario. Muy bien para tus amigos.

BUFÓN.—No, señor, muy mal.

DUQUE.—¿Cómo puede ser eso?

BUFÓN.—Vedlo. Mis amigos me adulan, haciendo de mí un asno; por otra parte, mis adversarios dicen abiertamente que lo soy; de tal manera, que gracias a mis enemigos, señor, aprendo a conocerme a mí mismo, mientras que por mis amigos estoy errado. Ahora, si las conclusiones son como los besos, y si cuatro negaciones valen por dos afirmaciones, tengo razón para deducir que me felicito de mis adversarios antes que de mis amigos.

DUQUE.—Eso se llama razonar bien.

BUFÓN.—No, señor, puesto que os place ser de mis amigos.

DUQUE.—Con lo cual no te irá mal. Ahí va ese oro.

BUFÓN.—Si no fuese doblez, señor, os diría que doblaseis.

DUQUE.—¡Oh! Me aconsejáis mal.

BUFÓN.—Por esta vez, meted vuestra gracia en vuestra bolsa y obedeced a vuestra carne así como a vuestra sangre.

DUQUE.—Sea. Serás dos veces culpable dándote dos veces. Ahí va otra moneda.

BUFÓN.—*Primo, secundo, tertio*, es un buen juego. El antiguo proverbio dice que a la tercera va la vencida. El *triplex*, señor, es un buen compás para bailar. Las campanas de San Benito podrán convencerse de ello. Una, dos, tres

DUQUE.—Esta vez no te llevarás más dinero de mi bolsa. Si quieres prevenir a tu señora que he venido para hablarle, podrías despertar aún mi liberalidad

BUFÓN.—Bien, señor; mecedla hasta que regrese. Voy allá, señor. Pero no quisiera que supusierais que cedo al interés. Al menos, como decís, dejad que duerma vuestra generosidad, que yo la despertaré en seguida. *(Sale.)*

VIOLA.—He aquí llegar, señor, el hombre que vino en mi auxilio.

Entran ANTONIO *y Guardias*

DUQUE.—Recuerdo sus facciones. Cuando le vi por vez primera, era tan negro como Vulcano, tanto le había ennegrecido el humo de la guerra. Mandaba un mal navío, cuyo aspecto y cabida daban compasión, y, no obstante, tan furiosamente abordó al más hermoso barco de nuestra flota, que hasta las voces

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

de los vencidos gritaron: «¡Gloria y honor a él!» ¿Qué sucede?

GUARDIA 1.º—Orsino, ved aquí a Antonio, el que capturó al *Fénix* y su cargamento a la vuelta de Candía. El es quien tomó el *Tigre* al abordaje, donde vuestro joven sobrino Tito perdió la pierna. Le hemos aprehendido en una calle, donde andaba mezclado desesperadamente en una riña.

VIOLA.—Me ha hecho un señalado servicio, señor. Ha sacado la espada para defenderme; y luego, al final, ha hablado de tan extraña manera, que no puedo atribuir el caso sino a un momento de locura.

DUQUE.—¡Pirata! ¡Bandido del agua salada! ¿Qué imprudente audacia te ha entregado a merced de los que por tus sanguinarias acciones y desastrosas consecuencias se han convertido en adversarios tuyos?

ANTONIO.—Orsino, noble señor, permitidme que rechace los nombres que me dais. Antonio no ha mandado nunca piratas, aunque sea, lo confieso, y por razones serias, el enemigo de Orsini. Es un encantamiento lo que me ha traído aquí. Este mancebo, este modelo de ingratitud que está a vuestro lado, ha sido arrebatado por mí de la espumeante garganta de un mar furioso. Era un náufrago sin esperanza. Me debe la vida. Mi amistad por él no ha conocido límites; mi abnegación, absoluta. En provecho suyo, por pura amistad, me he expuesto a los peligros de esta población enemiga, y he sacado mi espada para defenderle cuando le vi atacado. Me han prendido, y entonces, rehusando compartir el riesgo, su disimulación le ha aconsejado negarme, como un extraño a quien no se hubiera visto en veinte años, y no querer devolverme mi propia bolsa, que acababa de confiarle una hora antes para que hiciese uso de ella.

VIOLA.—¿Cómo puede ser eso?

DUQUE.—¿Cuándo habéis llegado a esta ciudad?

ANTONIO.—Hoy, señor. Durante tres meses (sin el menor ínterin, sin separarnos un minuto), noche y día juntos, hemos vivido en compañía.

Entra OLIVIA *con su séquito*

DUQUE.—He aquí a la condesa. El cielo ha descendido sobre la tierra. En cuanto a ti, camarada, estás diciendo insensateces. Hace tres meses que este joven se halla a mi servicio. Pero ya hablaremos de eso después. Llevadlo aparte.

OLIVIA.—¿Qué desea monseñor que no pueda tener? ¿En qué puede servirle Olivia? Cesario, ateneos a vuestra promesa.

VIOLA.—¿Señora?...

DUQUE.—Graciosa Olivia...

OLIVIA.—¿Qué decís, Cesario?... Mi buen señor...

VIOLA.—Monseñor quiere hablaros; el respeto me impone el silencio.

OLIVIA.—Si vais a empezar por el tono de siempre, monseñor, continúa pareciéndome disonante, tan desagradable a mis oídos como los aullidos después de oír música.

DUQUE.—¿Siempre tan cruel?

OLIVIA.—¡Siempre tan constante, monseñor!

DUQUE.—¡Sí! ¡Constante en la perversidad! ¡Oh mujer ingrata, en cuyo altar nefando he hecho humear las ofrendas de mi fidelidad para enternecer vuestro corazón! ¿Qué me resta ahora por hacer?

OLIVIA.—Monseñor hará lo que su dignidad le prescriba.

DUQUE.—¿Por qué no obrar, si tuviera corazón para ello, como el ladrón egipcio que, a punto de morir, mató a la que amaba? Salvaje celosía que puede tener su nobleza. Escuchad bien. Puesto que despreciáis mi fe y conozco en parte al hombre que me ha usurpado el puesto que debía ocupar, vivid, vivid, vos, tirana de corazón de piedra. Cuanto a ese mancebo a quien amáis y al que también yo aprecio, tomo al Cielo por

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

testigo que le arrancaré de vuestra vista cruel, donde reina como vencedor e insulta a su amo. ¡Acompáñame, doncel! ¡Mis pensamientos han madurado para la venganza! Sacrificaré el cordero que me es querido para despechar ese corazón de cuervo colocado en un cuerpo de paloma. *(Saliendo.)*

VIOLA.—Y yo, con alegría, con apresuramiento y buena voluntad, sufriré mil muertes para asegurar vuestro reposo. *(Se dispone a seguirle.)*

OLIVIA.—¿Adónde va Cesario?

VIOLA.—¡Con el que amo más que a mis ojos, más que a mi vida, más, mil veces más que amó nunca una mujer! Si miento, ¡potestades del cielo que me escucháis!, castigad mi vida con la muerte

OLIVIA.—¡Me detesta! ¡Oh traición!

VIOLA.—¿Quién os traiciona? ¿Quién os ultraja?

OLIVIA.—¿Te has olvidado de ti mismo? ¿Hace tanto tiempo? ¡Llamad al santo sacerdote! *(Sale un hombre del cortejo.)*

DUQUE.—*(Entrando, a* VIOLA.) Ven acá.

OLIVIA.—¿Dónde, mi señor? ¡Cesario, esposo mío, quédate!

DUQUE.—¿Su esposo?

OLIVIA. — Sí, mi esposo. ¿Puede negarlo?

DUQUE.—¿Serás su esposo, bribón?

VIOLA.—¡Yo no soy su esposo, monseñor!

OLIVIA.—¡Ay! ¿Es por miedo por lo que niegas tan vilmente lo que te pertenece? No temas nada, Cesario; no dudes de tu fortuna. ¡Sé lo que eres, y serás tan grande como aquel de quien tienes miedo! Sed bien llegado, padre mío.

Entra un SACERDOTE

Padre, en nombre de tu ministerio (aunque hayamos convenido guardar un secreto que hoy las circunstancias exigen que revele), te ordeno que digas lo que sabes, lo que últimamente ha pasado entre este joven y yo.

SACERDOTE. — Existe un contrato de amor eterno, confirmado por el mutuo enlace de vuestras manos, atestiguado por la sagrada promesa de vuestros labios y fortalecido por el trueque de vuestros anillos. Todas las ceremonias de este contrato han sido selladas en el ejercicio de mi ministerio, por testimonio mío. El reloj me dice que desde ese momento al presente hemos andado unas dos horas hacia la tumba.

DUQUE. — ¡Oh zorrillo! ¿Qué serás cuando el tiempo convierta en grises tus cabellos? Una perfidia tan precoz te hará caer en tus propias redes. Adiós. Tómala por esposa; pero dirige tus pasos hacia el lugar donde no tengamos la suerte de encontrarte.

VIOLA.—Monseñor, os juro...

OLIVIA.—¡Oh! ¡No jures! Conserva un poco de buena fe, por atemorizado que te halles.

Entra SIR ANDRÉS AGUECHEEK *con la cabeza descalabrada*

SIR ANDRÉS.—¡Por amor de Dios, un cirujano! ¡Y enviad a un hombre del cortejo a sir Tobías!

OLIVIA.—¿Qué es eso?

SIR ANDRÉS.—¡Me ha roto la cabeza y ha dado a sir Tobías una sangrienta cuchillada! ¡Por amor de Dios, socorredme! ¡Daré cuarenta libras por verme en mi casa!

OLIVIA.—¿Quién ha hecho eso, sir Andrés?

SIR ANDRÉS.—Un caballero del conde, un tal Cesario. ¡Lo habíamos tomado por un gallina, y es el diablo en persona!

DUQUE.—¿Mi caballero Cesario?

SIR ANDRÉS.—¡Por cuanto existe, vedle!... ¡Me habéis roto la cabeza por una fruslería! Lo que he hecho ha sido por instigación de sir Tobías.

VIOLA.—¿Por qué os dirigís a mí? Yo no os he hecho nunca daño. Habéis sacado la espada contra mí sin razón. Pero os he dirigido buenas palabras y no os he tocado.

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

SIR ANDRÉS.—Si una cabeza que sangra es porque ha recibido un golpe, vos me habéis herido. ¡Es probable que para vos una cabeza que echa sangre no tenga importancia! Aquí está sir Tobías, que viene dando traspiés.

Entra SIR TOBÍAS *embriagado, sostenido por el* BUFÓN

¡Vais a saber mucho más! Si no hubiera estado bebido, os habría tentado mejor el bulto.

DUQUE.—¿Qué hay, caballero? ¿Qué tenéis?

SIR TOBÍAS.—Vedlo, me ha herido; eso es todo. Idiota, ¿has visto a Dick el cirujano?

BUFÓN.—¡Oh! Sir Tobías está borracho desde hace una hora. Sus ojos se han cerrado a las ocho de la mañana.

SIR TOBÍAS.—¡Entonces es un canalla! Después de un aire musical y la pavana, nada hay que odie tanto como a un ebrio.

OLIVIA.—¡Fuera con él! ¿Quién los ha puesto en tan lamentable estado?

SIR ANDRÉS.—Voy a auxiliaros, sir Tobías, porque a los dos nos curarán juntos.

SIR TOBÍAS.—¡Auxiliarme, cabeza de asno! ¡Gorro de loco! ¡Bellaco! ¡Cabeza de cesto aplastado! ¡Avechucho!

OLIVIA.—Llevadle a su lecho y cuidesele. *(Salen el* BUFÓN, SIR TOBÍAS *y* SIR ANDRÉS.)

Entra SEBASTIÁN

SEBASTIÁN. — Estoy desolado, señora, por haber herido a vuestro pariente; pero mi propio hermano que hubiera sido, no habría podido obrar de otra manera, por prudencia y seguridad. Me miráis de un modo extraño, de donde infiero que os he ofendido. Perdonadme, dulce amada mía, en nombre de los juramentos que acabamos de cambiar.

DUQUE.—¡Un rostro, una voz, un traje para dos personas! Dijérase un reflejo en un espejo. Este existe y no existe.

SEBASTIÁN. — ¡Antonio! ¡Oh mi caro Antonio! ¡Cuánto me han torturado las horas! ¡Cuánto me han hecho sufrir desde que te has perdido de vista!

ANTONIO.—¿Sois vos, Sebastián?

SEBASTIÁN.—¿Temes que lo sea, Antonio?

ANTONIO.—¿Cómo os habéis dividido en dos? Las mitades de una manzana partida por en medio no son tan gemelas como estas dos criaturas. ¿Cuál es Sebastián?

OLIVIA.—¡Es la cosa más asombrosa!

SEBASTIÁN.—¿Soy yo quien soy? Yo no he tenido hermano alguno, ni poseo el don de la ubicuidad. Tenía una hermana que devoró el ciego furor de las olas. Por favor, decidme: ¿qué parentesco hay entre nosotros? ¿Cuáles son vuestro país, vuestro nombre y vuestra familia?

VIOLA.—Soy de Mesalina. Mi padre se llamaba Sebastián. Tenía también a un Sebastián por hermano. ¡Así iba vestido cuando descendió a la húmeda fosa! Si es dado a los espíritus revestir a un tiempo las formas y el traje, venís a espantarnos.

SEBASTIÁN.—Una aparición soy, en efecto; pero revestido de las groseras proporciones que adquirí en el vientre de mi madre. Si fueseis una mujer, como todo parece indicármelo, dejaría que las lágrimas bañasen vuestras mejillas, y os diría: «¡Sé tres veces bien venida, mi naufragada Viola!»

VIOLA.—Mi padre tenía una señal en la frente.

SEBASTIÁN.—Y el mío también.

VIOLA.—Murió cuando Viola cumplía los trece años.

SEBASTIÁN.—¡Todavía vive su recuerdo en mi corazón! El mío terminó, en efecto, su vida mortal el día en que mi hermana cumplía los trece años.

VIOLA.—Si nada se opone a nuestra felicidad, sino este traje masculino usurpado, no me abracéis hasta que las circunstancias de lugar, de tiempo, de for-

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

tuna, prueben que soy Viola. Para aseguraros de ella, voy a conduciros ante un capitán que reside en esta población, en casa del cual he dejado mis vestidos de doncella. Gracias a su generosa ayuda, he sido salvada y he podido entrar al servicio del noble duque. Después, cada suceso de mi vida se ha desarrollado entre esta dama y este señor.

SEBASTIÁN.—*(A* OLIVIA.) Si las cosas son así, habéis sufrido un error, señora. Pero la Naturaleza no ha podido menos de obedecer a su instinto. Queríais enlazaros a una juventud virginal, y no os ha engañado vuestro deseo, pues, por mi vida, el hombre que habéis tomado por esposo os aporta un corazón virgen.

DUQUE.—No estéis confuso. Es de sangre verdaderamente noble. Si todo ello es cierto, como parecen confirmarlo las apariencias, tomaré parte en este feliz naufragio. *(A* VIOLA.) Niño, me has repetido mil veces que nunca amarías a una mujer tanto como a mí.

VIOLA.—Lo que he dicho puedo jurarlo. Y conservaré mis juramentos en mi corazón tan fielmente como el sol guarda el fuego que separa el día de la noche.

DUQUE.—Dame la mano y muéstrate ante mí en tus vestidos de mujer.

VIOLA.—El capitán que me ha desembarcado tiene mis vestidos de doncella. Por no sé qué acción se halla actualmente en presidio a consecuencia de causa judicial incoada por un tal Malvolio, un caballero del cortejo de la señora.

OLIVIA.—Malvolio lo hará soltar. Que vayan en busca de Malvolio. Pero, ¡ay!, ahora lo recuerdo. Dicen que el pobre hombre ha perdido la razón. La locura que me absorbía a mí propia me ha hecho olvidar la suya.

Vuelve a entrar el BUFÓN, *con una carta, y* FABIÁN

¿Cómo sigue, pícaro?

BUFÓN.—Para hablar con franqueza, señora, tiene a Belcebú tan cerca de su mano como le es permitido a un hombre en semejante caso. Os ha escrito una carta que hubiera podido enviaros esta mañana; pero las cartas de los locos, como no son palabras del Evangelio, importa poco en qué tiempo se llevan a su destino.

OLIVIA.—Abre esa carta y léela.

BUFÓN.—Esperad a ver grandes cosas. Es un bufón que va a leer la carta de un loco. *(Leyendo.)* «Por el Señor, señora...»

OLIVIA.—¿Eh? ¿Está loco?

BUFÓN.—No, señora; pero leo la locura. Si desea vuestra señoría que lea esta carta como debe leerse la de un loco es necesario que me permita que la lea en tono fantástico.

OLIVIA.—Te ruego que la leas más razonablemente.

BUFÓN.—La leo razonablemente leyéndola así. ¿Queréis, por consiguiente, prestarme atención y tierno oído, princesa mía?

OLIVIA.—*(A* FABIÁN.) Leedla vos, pícaro.

FABIÁN.—*(Leyendo.)* «Por el Señor, señora, me hacéis injuria, y el mundo lo sabrá. Aunque me hayáis hecho caer en las tinieblas, aunque me hayáis abandonado en manos de vuestro ebrio tío, gozo del beneficio de mis sentidos tan bien como vuestra señoría. Conservo vuestra carta, que me prescribe la actitud que he adoptado, y con esta carta no dudo justificarme y confundiros. Pensad de mí lo que queráis. Falto un tanto quizá al respeto que os debo; pero he hablado bajo el golpe de una injuria.—*Aquel a quien se trata locamente: Malvolio.*»

OLIVIA.—¿Ha escrito él eso?

BUFÓN.—Sí, señora.

DUQUE.—Pues no huele mucho a demencia.

OLIVIA.—Que se le devuelva la libertad, Fabián, y conducidle aquí. *(Sale* FABIÁN.) Monseñor, si tal es vuestro deseo, después de lo que ha pasado, consideradme como una hermana, en lugar de tratarme como a una esposa. El mismo día, si

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

lo permitís, se celebrará esta doble alianza en mi casa y a mis expensas.

DUQUE. — Señora, estoy dispuesto a aceptar vuestro ofrecimiento. *(A* VIOLA.) Vuestro dueño os liberta. Pero en pago de los servicios que habéis prestado, servicios por encima de la debilidad de vuestro sexo, de vuestra tierna y delicada constitución, puesto que me habéis considerado tanto tiempo como vuestro amo, a partir de hoy seréis la señora de vuestro señor.

OLIVIA.—¡Y además hermana mía!

Vuelve a entrar FABIÁN *con* MALVOLIO

DUQUE.—¿Es ése el loco?

OLIVIA.—Sí, monseñor, el mismo. ¿Qué hay, Malvolio?

MALVOLIO.—Señora, me habéis ultrajado, ultrajado de una manera notoria.

OLIVIA.—¿Que os he ultrajado yo, Malvolio?

MALVOLIO.—Señora, me habéis ultrajado. Os lo suplico: repasad esta carta. No negaréis que sea de vuestra mano. Escribid una segunda, si podéis, de otra escritura y de otro estilo. Afirmad que ése no es vuestro sello; que esta carta no es de vuestra invención; os desafío. Convenid en ello, y explicadme, en la medida del honor, por qué me habéis dado pruebas tan evidentes de vuestra simpatía, por qué me habéis ordenado ponerme medias amarillas y acoger con altivez a sir Tobías y a las gentes de poca importancia. Como os obedecía en una dulce esperanza, ¿por qué habéis permitido que se me aprisione, que se me encerrase en una habitación oscura, que me visitase un sacerdote; en una palabra: que se hiciese de mí un juguete ridículo, en lucha con todas las mofas? Responded.

OLIVIA.—¡Ay Malvolio! Esta no es mi letra, aunque se le semeje, convengo en ello. Es, sin duda, la de María. Ahora lo recuerdo. Ella fué la primera que me dijo que estabas loco, y entonces viniste tú, sonriendo, afectando los modales recomendados en la carta. Ruégote que te tranquilices. Se te ha jugado una mala pasada; pero cuando sepamos el motivo, cuando conozcamos los autores, serás a un tiempo mismo abogado y juez de tu propia causa.

FABIÁN.—Buena señora, escuchadme, y no permitáis que una riña o una discordia turbe la hora presente, que me deja estupefacto. En esta esperanza, confieso voluntariamente que yo y sir Tobías hemos imaginado este complot contra Malvolio, para vengarnos de ciertos procederes poco cortesanos de que no guardamos rencor. María ha escrito la carta, a instancia de sir Tobías, quien, para recompensarle por ello, se le ha ofrecido por esposo. Cuanto a las regocijadas burlas, resultado de esta carta, es preciso reír antes que tomar venganza de ellas. Si se pesan imparcialmente los daños, la balanza queda en el fiel.

OLIVIA.—¡Ay pobre loco, cómo te han escarnecido!

BUFÓN.—¡Bah! «Unos nacen grandes; otros adquieren la grandeza, y otros, en fin, tienen la grandeza suspendida sobre sí.» Yo también he representado mi papel en el entremés, el de un tal sir Topas, señor. Pero esto no tiene importancia. «¡Por Dios, bufón, que no estoy loco!...» Mas ¿no os acordáis? «Señor, ¿por qué os divertís con un bellaco tan nulo? Cuando no reís, no sabe ya qué decir.» Y he aquí cómo haciendo el tiempo la pirueta, acaba por sonar la hora de la venganza.

MALVOLIO. — *(Saliendo.)* ¡Me vengaré de toda vuestra cuadrilla!

OLIVIA.—Se han burlado de él de una manera demasiado notoria.

DUQUE.—Corred tras él y tranquilizadle. Aún no nos ha hablado del capitán. Cuando sepamos a qué atenernos y cuando llegue la hora propicia, enlazaremos solemnemente nuestros corazones. Hasta entonces, querida hermana, no partiremos de aquí. Venid, Cesario, pues seréis Cesario mientras seáis un hombre. Pero bajo otros vestidos os convertiréis en la

scan, correx & edit por J.Rubén Fernández

mujer de Orsino y en la reina de sus ilusiones. (*Salen todos, excepto el* BUFÓN.)

BUFÓN.

CANCION

Cuando yo era un mozalbete,
con el ¡hey!, con el ¡oh!, con el viento y con [la lluvia,
no fué la locura más que un juego,
pues todos los días llueve.

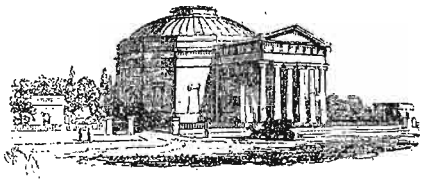
Pero al convertirme en hombre,
con el ¡hey!, con el ¡oh!, con el viento y con [la lluvia,
contra el ladrón y el bellaco cerraron todos [sus puertas,
pues todos los días llueve.

Pero ¡ay!, al tomar mujer,
con el ¡hey!, con el ¡oh!, con el viento y con [la lluvia,
no pude enriquecerme, haciendo el fanfarrón,
pues todos los días llueve.

Cuando marchaba hacia el lecho,
con el ¡hey!, con el ¡oh!, con el viento y con [la lluvia,
estaba siempre embriagado con otros consu- [midores,
pues todos los días llueve.

Ha tiempo que el mundo rueda,
con el ¡hey!, con el ¡oh!, con el viento y con [la lluvia,
pero no importa; nuestra obra ha terminado,
y procuraremos agradaros más todos los días

(*Sale.*)



scan, correx & edit por J.Rubén Fernández